

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



PARA LEER EN EL
CONVENTO

Título Original: *Pour lire au couvent.*

Edición original: Marpon et Flammarion, editores, París 1887

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueiral.com/mendes>

REVERENDAS HERMANAS

Puesto que circulan por el mundo palabras difamatorias acusándome injustamente de haber escrito algunos cuentos poco recomendables para ser leídos por los dulces y celestiales ojos de las pequeñas inocentes, quiero demostrar que no soy incapaz, más que cualquier otro, de contar historias puras y edificantes; y pondré en este libro toda la diáfana blancura de los frágiles muguetes y todas las inocencias de los jazmines que crecen en la sombra. Esta vez escribo para vosotras, honestas monjas, apartadas del mundo, que miráis el cielo; para vosotras también, pequeñas internas de los conventos. Sé que nuestras prosas y nuestros versos, – no más que las notas dulces, –no pueden insinuarse al otro lado de la rejilla. No, ¡nunca leísteis novelas por las noches a escondidas! Y las superiores vigilan con severidad vuestros pudores. Pero espero que se haga una excepción en favor de este libro que se leerá, no subrepticamente en las celdas, sino en voz alta en el refectorio durante las sobrias comidas; y si, en una de estas páginas, se encontrase una palabra que yo hubiese escrito por descuido, una palabra cuyo sentido entrevisto tornase un poco rosada la palidez de un rostro, aún en ese caso, el daño no sería grande, porque no se ve que el cielo retumbe porque una roja cochinilla se haya posado sobre la blancura de una flor de lis.

LA HERMANA PÁLIDA

I

Era la única hija del más grande rey de Asia. Como podéis imaginar nada le faltaba de lo que pudiese proporcionar la felicidad a una joven princesa. Vivía en un palacio de jade rosa, donde daba el sol a todas horas; sus hermosos pies descalzos, cuando pasaba de una habitación a otra, languideciente y atendida por sus sirvientes negros, se hundían en las mullidas alfombras que la calzaban con caricias; y a todas horas, unas invisibles orquestas tocaban músicas que habrían maravillado los oídos más delicados. Ni que decir tiene que poseía en cofres hechos de una sola piedra de luna todos los diamantes, todos los rubíes, todos los zafiros que puede soñar la ambición más exigente de una coqueta; se habría podido pavimentar una ciudad entera dispersando tantas piedras preciosas. Sus trajes eran de usar y tirar, y en ellos se habían empleado muselinas de Sririnagor, los ligeras lanas de Cachemira, las finas sedas de Cherbussy y de Ispaban. Pero sobre todo lo que exaltaba con una desmesurada alegría el espíritu de la princesa, eran los maravillosos jardines que rodeaban su palacio. Allí, jamás había caído una gota de agua del cielo que no fuese eternamente azul; allí, las flores más raras se abrían, magnífica y violentas, hinchadas de savia, calentadas por el fiero verano, inclinando sus cálices que lloraban bálsamos; allí, los feroces animales del bosque y de los barrancos, leones, tigres, panteras, eran como cariñosos gatitos que maullaban de placer bajo la mano que los acaricia (se veían de repente, entre un ensanchamiento de cactus, unos movimientos de suaves melenas y las monstruosas sonrisas de las bocas); y sobre las flores ampliamente abiertas, sobre los animales errantes o indolentemente acostados en la tibia hierba, la luz del sol resplandecía con una furiosa magnificencia; todo era dorado, las hojas, los cálices, los guijarros de los senderos y las lejanas brasas del horizonte.

II

Sin embargo la princesa no manifestaba estar satisfecha con tanto esplendor; se la sorprendía sumida en tristes ensoñaciones; era evidente que se aburría y empalidecía, semejante a una rosa rosa que se convirtiese en rosa blanca. Se suponía general que tenía un deseo misterioso, una secreta pena. ¿Pero qué deseo? ¿qué pena? «Oh, mi bien amada hija, decía el viejo monarca, ¿por qué no me revelas la preocupación que te

aflige? ¿Acaso no sabes que soy todopoderoso y que, por verte sonreír, llevaría a cabo las más temibles empresas? Si no tienes suficientes piedras preciosas en tus joyeros, solo tienes que decirlo; yo conquistaré el reino de Golconde y el de Visapour para que nunca te falten brazaletes de gemmas ni collares de coral. ¿Pero tal vez deseas casarte? habla sin temor; di el nombre del que ha elegido tu corazón; y pongo al cielo por testigo de que lo tendrás por esposo, sea el heredero del más gloriosos de los soberanos o el bastardo de un leñador que ata gavillas silbando una tonadilla. ¿No? ¿no es el himeneo lo que te preocupa? ¿Tal vez encuentras que el radiante oro solar con el que brillan las jardines no es bastante brillante y sin suficiente calor? Si tal es lo que piensas, no me lo ocultes; pues, a fuerza de hecatombes y templos construidos en honor a los dioses, obtendré – para provocar tu sonrisa – que ellos redobles el esplendor de su sol.»

–Sí, carezco de algo, algo que quiero. Pero ¿qué es? no lo sé, ¡oh! en realidad no lo sé; y muero de un deseo cuyo objeto desconozco.

–¿Qué? – dijo el rey –¿no tienes ninguna idea...?

–No, – suspiraba ella, – ninguna idea precisa.

Luego, con los ojos caídos, con la voz cadente y lejana de alguien que habla en sueños, dijo:

–Tan solo sé que la cosa desconocida que me hace falta, la casa misteriosa cuya ausencia me desespera, es algo blanco y pálido.

III

Aconsejado por los más abnegados y fieles cortesanos, el rey se decidió a hacer viajar a su hija. Tal vez encontrase en algún país vecino o alejado, lo que deseaba de forma tan incierta y amarga; en cualquier caso, las sorpresas y las aventuras de los caminos la distraerían de su melancolía. ¡Nunca se había visto una caravana comparable en magnificencia con la que se formó para el viaje de la princesa! Delante un grupo innumerable de camellos que llevaban las provisiones y los equipajes, entre más de mil servidores vestidos de seda o ricamente armados, entre los que había algunos que tocaban el pífano y los tambores para marcar el ritmo de la marcha, ocho elefantes blancos, avanzando a igual paso, portaban una amplia plancha cubierta de tapices, y toda una casa de varios pisos se elevaba sobre la plancha en movimiento. Detrás de una ventana, con la frente en el cristal, la viajera miraba pasar las ciudades y los paisajes. Por desgracia, por todas partes, bajo la eternidad del azul cegador, ella vio las cabañas doradas por el sol, los oasis dorados por el so, y el oro infinito de los sables y el oro humeante del horizonte. Por todas partes el suelo se abría como desgarrado y mordido por el devastador sol! No valía la pena haber dejado los jardines de palacio para encontrarse en todos los lugares por los que pasaba, el implacable esplendor del perpetuo verano. Incluso cuando debió abandonar la caravana para subir a un navío, el sol no la abandonó, inflamado, furioso, haciendo brillar como una tela de oro la inmensidad del cielo y producir fulgores y destellos en la cima de las olas! La princesa se hundía cada vez más, y sin esperanza, en su irremediable tedio.

IV

¡Pero una tempestad cayó sobre el navío! A pesar de la habilidad del capitán y el celo de la tripulación, fue zarandeado durante más de una semana entre la rabia de las aguas y el viento; en cada momento se esperaba verlo precipitarse en algún abismo bruscamente abierto.

La única que no estaba asustada era la princesa, pues cuesta poco morir a quienes han perdido la esperanza en la vida.

Finalmente, al amanecer del octavo día, la tempestad se calmó. ¿En qué parajes se encontraba la embarcación? El mismo capitán no habría podido decirlo con precisión; era probable que hubiese sido empujado bastante hacia el norte, pues el alba era de una claridad muy pálida, fantasmal, semejando un sol muerto que se levanta sobre las olas y las ilumina con suavidad.

La princesa miraba esa luz fría que la envolvía como en un frescor delicioso. Luego, de repente:

–¡Oh! – dijo extasiada, deslumbrada, tendiendo los brazos hacia la orilla cercana; ¡oh! sobre la pendiente de esta montaña, bajo el día tierno y dulce, ¿qué es esa amplia blancura, allá, misteriosa y desconocida, que sube, sube y se pierde en el cielo palideciente?

Uno de los marineros respondió:

–Es la nieve, Señora.

–¡Nieve! ¡Nieve! eres lo que quería – dijo ella, –y es a ti a quién amaba, hermana mía!

Entonces, pese a que trataron de disuadirla de su proyecto, ordenó desembarcar. Saltó la primera sobre la pálida orilla y se tumbó sobre la nieve, tocándola con sus manos abiertas, besándola con sus labios pronto también fríos. Y, tras un sobresalto, no se volvió a levantar. Quedó acostada sobre la blancura, inmóvil, sonriente, más feliz que todos los vivos. Había muerto de su beso a esa nieve, en la delicia de un escalofrío.

EL VESTIDO DE NOVIA

I

Se produjo una gran desolación en el sendero del bosque, cuando se supo que Vicenta iba a casarse. ¿Y quién se lamentaba? las florecillas, las mariposas de la seda, y los hijos de la telaraña que tiemblan de una rama a otra? lo habéis adivinado. Las florecillas se dijeron: «¿Cómo es posible? Vicenta, ocupada en cocer el pan de su esposo y en los demás cuidados del hogar ¿ya no vendrá a recogernos sobre el seto primaveral?» «¿De qué nos servirá, dijeron las mariposas, tener alas más brillantes que los vestidos de las princesas, si Vicenta ya no corre tras nosotras, que simulamos huir de ella?» Los retoños de la telaraña pensaban: «No valdrá la pena estremecernos, suspendidos, desde una ramita de acacia a una hoja de limonero, si ya no tenemos la esperanza de mezclarnos con los cabellos de Vicenta que pasa cantando su canción.» Y allí, sobre el sendero del bosque, todos acordaron emplear todos los medios posibles para impedir que se produjera la temida desgracia. La novia no tenía más que dejarse ver; le esperaban unas sorpresas muy desagradables. Seguramente penséis que no se podía tratar de una terrible conspiración, pero os equivocáis. En aquél tiempo, los retoños de la telaraña, las mariposas y las florecillas del bosque eran una especie de hadas; y, contrariar a las hadas es algo que no os deseo.

II

El día de la boda estaba próximo.

Vicenta se dijo:

–Es verdad que soy tan bonita como la hija de un emperador, con mi gorrito de tela amarilla y mi falda de terciopelo. Pero sería bueno que para la noche de bodas tuviese una indumentaria más elegante.

Tenía en su hucha unas cuantas pequeñas monedas; fue a la ciudad a fin de comprar las convenientes prendas.

–¡Oh! ¡que gorro tan bonito! – dijo deteniéndose ante el escaparate de una modista. – Que bien me sentaría, florido con gavanzas tan frescas que se las tomaría por flores naturales. Pero seguramente cuesta muy caro; no está hecho para cubrir a una pobre leñadora como yo.

–A fe mía – dijo la vendedora, – hace tiempo que quiero deshacerme de él; llegas en el momento preciso. ¿Cuánto me ofreces?

Vicenta dijo enrojeciendo:

–Dos centavos. Nada más que dos centavos. No podría pagaros más.

–¡Bien! es tuyo. Yo no soy una modista como las demás; lo que más me gusta es vender mis mercancías a personas cuya belleza las realza.

Con el gorro en un estuche, la leñadora siguió su camino, muy contenta.

Había, en el escaparate de una gran tienda, un vestido que pareció a Vicenta el más magnífico del mundo; era tan sedoso, tan deslumbrante, tan vivo a la mirada que se habría creído hecho de muchas alas de mariposas una tras otra juntas.

–¡Ah! ¡qué pena que no sea rica! Con qué placer compraría este vestido pero sin duda una damisela de la corte podría tener bastante dinero para hacer tal gasto.

–Dios mío, dijo el vendedor, yo no soy interesado; siempre hay algún medio de llegar a un acuerdo. Veamos, ¿cuántos me ofreces por la falda y el corsé? Es cierto que jamás se ha visto nada igual; han sido diseñados y cosidos por una costurera que ha sido aprendiz en casa del mejor sastre de París.

Vicenta dijo enrojeciendo:

–Cuatro centavos. Si fuesen de oro, también os los ofrecería. Pero son de cobre, como podéis ver.

–¡Toma el vestido! te irá de maravilla. Solamente prométeme que me recomendarás a tus conocidos.

La leñadora prometió todo lo que él quiso y se feliz a más no poder. Sin embargo algo la preocupaba. Un gorro, un vestido, son cosas necesarias sin duda; una camisa no lo es menos. Vicenta sentía, no sin cierta aprensión, su pequeño cuerpo rozado directamente por la tela de su vestido. ¿Qué pensaría su marido viéndola desprovista de ese modo? Y se decía, completamente sonrojada de pudor, que era imprescindible tener una camisa, para que él pudiese quitarla. Estando pensando en esto, vio en otra tienda una ligera blanchura de batista y encajes, tan leve y tan blanca que se hubiese jurado que estaba hecha con retoños de telaraña; como había tomado valor con sus anteriores compras, Vicenta dijo a un hombre de pie cerca de la puerta.

–No es muy bonita esa camisa; las tengo mejores en mi casa. Sin embargo os la compraría si me la vendiese por tres centavos.

El vendedor pareció confundido.

–¡No contaba con tal ganga! – exclamó él – Toma, toma, y si quieres fantasía te daré incluidas en el precio dos presillas de amatista para retener las hombreras.

Fue de ese modo como Vicenta pudo regresar a su pueblo con un gorro, un vestido y una camisa que hubiesen hecho envidiar a la primogénita de un rey.

III

Ni que decir tiene que el día de la boda, la leñadora fue intensamente envidiada a causa de la hermosa indumentaria que tenía. ¿Cómo había hecho para procurarse tales prendas? Las damas de honor se hablaban en voz baja con lengua viperina. Pero el novio, porque estaba muy enamorado, apenas reparó en el bonito gorro florido de gavanzas, ni en el magnífico vestido color de alas de mariposa. Lo que le importaba era lo que estaba debajo del gorro y del vestido; y, dejando conversar y beber a los demás en la sala del albergue, arrastró a Vicenta, una vez caída la noche, a la cabaña en la que él vivía al doblar el camino.

Cuando estuvieron solos:

–¡Oh! ¡Qué hermosos cabellos tienes – dijo él – rubios como espigas al sol y perfumados como el heno maduro!

Y, para ver mejor, para besar la cabellera de oro, quiso quitar el gorro. Pero no pudo. ¿No era raro? de sus tallos, de sus espinas, las florecillas se aferraban a los rizos de la oreja y del cuello. «¡Ay! ¡ay! me haces daño, amigo mío! » se quejaba la recién casada. Él no era lo bastante bruto para hacerla sufrir ya, sabiendo que ella pronto debería gemir por un motivo más justo; y no se preocupó más del impertinente gorro. Otro deseo lo ocupaba a causa del corsé dulcemente hinchado, como cubriendo dos naranjas vivas; y, tomándola sobre sus rodillas, trató, –consintiendo ella y volviendo la cabeza – de desabrochar el vestido. ¡Eso fue otra historia! la tela tan sedosa, tan brillante, tan viva y luminosa, resistía, no dejaban la piel, defendiéndose con todos sus broches encarnizadamente. No, hiciese lo que hiciese, no podía triunfar sobre ese vestido tan bien cosido decidido a no entreabrirse, – ¡sin embargo fue en París donde lo habían hecho!– y la misma Vicenta comenzaba a mostrarse un poco sorprendida e inquieta. Pero el marido sonrió, pues un pensamiento muy natural lo había invadido. Se arrodilló ante su esposa, se bajó, y puso como por descuido sus cariñosos dedos en la espalda de la novia. ¡Arrancó un gran juramento! unas clavijas en las caderas, una camisa de encajes más sólida que una armadura, aunque fuese tan blanca y ligera como hecha de retoños de trepadora, enlazaba, envolvía, atenazaba inexorablemente a la pequeña esposada. En una esquina de la cabaña, el estrecho lecho nupcial, a medias abierto y con las sábanas color de nieve, parecía burlarse de ellos.

IV

Transcurrida una hora, – imaginad los esfuerzos que él hizo – el marido, invadido por la rabia, sudoroso, ¡realmente se encontraba en un estado que daba pena! ¿No era un infortunio estar tan cerca de su dicha sin poder obtenerla? me gustaría ver que cara pondrían en semejantes circunstancias aquellos que están tentados a reír del contratiempo en el que se encontraba el marido de Vicenta. En cuanto a la pequeña leñadora, sin pronunciar palabra, ponía una cara de disgusto que expresaba todo lo lejos que estaba de encontrarse absolutamente satisfecha.

Pero un ruiseñor, que se podía ver por la ventana abierta, se puso a cantar en un rosal, y cantando decía:

–Va, va, pobre muchacho, te esfuerzas en vano, no conseguirás quietarle el traje de novia; pues está hecho de florecillas, de mariposas y de retoños de telaraña, que son hadas y te desafían.

–¡Pues bien! ¡me vengaré! ¡Iré al sendero del bosque! ¡y prenderé fuego!

–¡Bah! otras gavanzas florecerán, otras alas volarán, y el tallo de la telaraña es inquebrantable. Mejor harías en llegar a un acuerdo con tus enemigos.

–Creo en efecto, – dijo Vicenta, –que esa sería la decisión más sabia.

–¿Qué es lo que exigen? –pregunto el recién casado.

–Promete no ocupa ra Vicenta en cocer tu pan ni en los demás cuidados del hogar, y dejarla cantar su canción, como antes, en el bosque.

–De acuerdo, lo juro.

–Entonces, – dado que las florecillas, las mariposas y los retoños de la telaraña, conocían al marido por ser un honrado muchacho incapaz de faltar a su promesa, – el gorro voló súbitamente como bajo un golpe de viento, el gorro, el vestido ¡y la camisa también!

LOS TRES BORRACHOS

I

Un día, tres hermanos caminaban juntos por el mismo camino, tres jóvenes desgraciados a más no poder; pues eran los hijos del rey de Mataquin, vencido, destronado, asesinado un año antes por un monarca de los alrededores; si ya resulta espantoso para los hijos de los miserables errar sin cobijo desde el amanecer hasta la noche, y dormir en las noches frías con una piedra por almohada, bajo la techumbre de alguna granja, más cruel resultaba aún a los delicados señores que tenían por costumbre vivir en un palacio de mármol, provisto de suntuosos muebles, y de desperezarse cada mañana, hasta la hora del chocolate, en mullidos colchones de lumas, bajos cortina de satén dorado y terciopelos rojos.

–¡Esto es demasiado! – exclamó el hermano mayor dando una patada en el suelo – no podré soportar una vida así.

–¡Ni yo! – dijo el siguiente.

El más joven no dijo nada; era un muchacho silencioso que, sin jamás quejarse, mantenía la mirada baja, durante el día hacia las pequeñas flores de los barrancos y la levantaba por la noche hacia las pequeñas estrellas en la oscuridad; incluso cuando era príncipe, no hablaba demasiado, pasando horas paseándose bajo los árboles del parque, pensando en no se sabe qué, oyendo a los ruiseñores; y, algunas veces, extraía de su bolsillo una pequeña flauta de cristal, con la que imitaba el canto de los pájaros. Pero los desprezables que saquearon el palacio del rey se llevaron o destrozaron la flauta. Él la echaba de menos. Rubio, frágil, con el rostro pálido de una blancura un poco azulada, se parecía a una pequeña muchacha enfermiza que estaría convaleciente.

–Cómo me acuerdo – dijo el mayor – de cuando poseíamos toda la gloria y todas las riquezas...

–Cómo me acuerdo – dijo el siguiente – de las resplandecientes fiestas en las que las princesas bailaban la pavana con los hombros desnudos y su pie, calzado de oro, visible bajo el dobladillo de la falda de brocados...

–¡La desesperación aflige mi corazón y lo desgarrar!

–¡Ardientes lágrimas me devoran los ojos!

–Felizmente, he imaginado un medio de olvidar nuestras felicidades de antaño y nuestros infortunios presentes.

–¡Oh! ¿Qué medio? habla aprisa.

–¿No sabes que todos los recuerdos, los más dulces como los más amargos, se ahogan en el olvido de la embriaguez? Cuantas veces he envidiado a los borrachos que tropiezan contra los muros de los pueblos! Imitémoslos, hermano. Sígueme hacia esa taberna de donde salen ruidos de cristales entrecrocando.

–¡Eh! no tenemos dinero para pagar nuestras consumiciones.

–He encontrado dos perlas en el forro de mi traje. Toma esta, yo guardo la otra. Nos darán algunas jarras de vino a cambio.

–De acuerdo, te sigo. Pero no quiero emborracharme solamente con los labios en los vasos; las sirvientas de la taberna tal vez sean bonitas; beberé el olvido en la boca de las mujeres.

Y ambos se fueron sin preocuparse del muchacho silencioso que continuó caminando por el camino desierto. Tanto como duró el día, él miró las florecillas de los barrancos. ¿En qué pensaba? En la flauta rota. Y, desde que se hizo la noche, levantó la frente para ver salir las estrellas.

II

Sucedió que cada una de las dos perlas tenía un gran valor; un mercader judío, sentado en una mesa de la taberna, las tasó, las compró y las pagó caras.

Entonces, con los bolsillos llenos de monedas, el mayor no se limitó a beber el vino ordinario con el que se conforman los campesinos sin delicadeza. Fue a las ciudades y se emborrachó con los vinos más costosos. En su vaso lleno se sucedieron o se mezclaron el ilustre hohannisbert, color de pálido sol, el lacrima-cristi, que es como lava de oro fundida, los maderas y los malvasías, los burdeos, los temibles borgoñas y el brutal jurancon; bebió el falerne. Comparó el vino de Chio con el vino de Chipre, el talasite, que hay que poner a refrescar en la cala de un navío; y cuando había vaciado varias botellas de romané, o de saint-pourçain, o de garnacha, o de sauvignon, no le hacía ascos a algunas botellas de champán, a causa de la espuma que resultaba divertida. De modo que difícilmente se habría encontrado, incluso buscando mucho, a un borracho tan perfectamente ebrio como ese primogénito de un rey, y daba tumbos por las calles sin abrigo ni sombrero canturreando canciones.

Por otra parte, el hermano que le seguía, casi rico tras haber vendido su perla, se había dedicado a las gruesas sirvientas de brazos desnudos y de pañoleta oscilante sobre el pecho, que van de mesa en mesa, y, más tarde, de cama en cama. En muchas ciudades se topó con bellas damas. Se dio el gusto de desgarrar vestidos de satén de donde salían redondeces de nieve, y de morder bocas rosas que se fundían bajo el mordisco como frambuesas maduras. No transcurría nunca una hora sin que una joven mujer le dijese: «Te amo», pues derrochaba generosidad. Las morenas le gustaron, luego las rubias, luego las pelirrojas. Llegó un momento que las mezcló, no sabiendo que preferir. Envuelto de caricias se parecía a esos olmos de Italia por donde escalan unas trepadoras que dejan tomar sus frutos. Menos ardiente, tuvo elecciones singulares, esperando que las Cafrines le devolviesen el gusto por las Georgiennes, y una mulata sirvió de transición a su regreso hacia las rubias. ¡Allí se mantuvo resueltamente! Agrupó en su habitación, llena noche y día, más muchachas de cabellos de oro que un adolescente pueda tener en sueños. De modo que difícilmente se habría podido encontrar, incluso buscando mucho, un amante más entregado al amor que ese hijo de rey; cuando atravesaba las calles con su tropel de enamoradas, se parecía al glorioso Aretino seguido de cuarenta Aretinas.

Pero ni el mayor ni el siguiente encontraron, éste en la borrachera de los besos, aquél en la embriaguez de los vinos, el olvido completo de las glorias de antaño y del

reino perdido; pues se despertaban de todas las alegrías con el corazón triste o la boca seca, para tener un triste día.

III

Cuando retornaron a los caminos, cansados, rotos y arruinados, – pensado con una más cruel amargura en las dichas lejanas, – quedaron muy sorprendido al ver al pie de un arbusto florido, bajo un revoloteo de abejas, a su hermano menor que sonreía; sus ojos y sus labios mostraban un éxtasis evidente.

–¡Y bueno! –preguntó el mayor – ¿es que ya has dejado de sufrir?

El muchacho respondió:

–Sí.

–Entonces, – preguntó el otro hermano – ¿ya no recuerdas las angustias del pasado?

El chico respondió:

–No.

Entonces ambos le preguntaron:

–¿Qué has hecho para olvidar el pasado y el presente?

–He hecho lo mismo que vosotros – dijo – me he emborrachado, y todavía me emborracho; y vivo en una dicha sin fin. Ya no más reyes destonados ni palacios saqueados por el pillaje y el incendio. ¡No me importa lo que fue, lo que es, ni lo que será! He perdido hasta el amargo recuerdo de mi flauta rota, a causa de la delicada embriaguez que me embarga con sueños más brillantes que las salas de mármol y de oro, más bellos que las fiestas donde pasean mujeres con brazos desnudos, mas melódicos que el canto de los ruiseñores en los árboles del parque. Y es una incomparable borrachera de la que nunca salgo.

–¡Oh! ¿Con los aromas de que vino ... – dijo el mayor....

–¡Oh! ¿con el azúcar de qué boca... –dijo el segundo...

–... proviene tal goce? – preguntaron al unísono.

–De ningún vino ni de ninguna boca.

El muchacho añadió:

–¡Bebo cada mañana las gotas de rocío en una rosa que floreció al borde del talud, y cada noche bebo un rayo de estrella en una flor de lis abierta hacia el cielo!

EL PARAÍSO RECHAZADO

I

Un día soñando, se me apareció una forma; como se parecía a una joven mujer vestida para un baile, – imitando sus alas las muselinas desplegadas – pude percatarme enseguida que se trataba de un ángel.

–Hermoso ángel, – dije – ¿a qué debo la alegría de vuestra visita a tal hora nocturna en esta habitación, donde todavía permanecen los perfumes de cabelleras enamoradas, cerca de esta cama, donde no recuerdo haber hecho nada que me haya podido valer el favor de los Espíritus celestiales?, pues generalmente pasan por ser un poco mojigatos.¿No oléis aquí una turbadora fragancia de pecado, con la que se pueden ofender vuestras narices acostumbradas al incienso de los incensarios agitados, en el inmaterial éter, por las manos de once mil vírgenes? Por Dios, no os acerquéis a mi mesa donde podrías ver tal vez el retrato de alguna hermosa mucha vestida solamente con el recuerdo de un vestido y la añoranza de una camisa; en cuanto a lo que mi biblioteca se refiere, cuidaos mucho de elegir un libro, ya que no encontraríais allí más que amargos y sombríos poemas, que yo leo sonriendo, y más que cuentos locos que suelo leer con melancolía.

El ángel replicó:

–Ahórrate los consejos. Cuando mis semejantes o yo entramos en los domicilios de las personas, sabemos lo que tenemos que hacer. Y no tengas temor en saber que virtud merece mi visita. Todopoderosos como somos, nos permitimos frecuentemente el capricho de favorecer a aquellos que parecen los menos dignos de nuestra misericordia; y la omnipotencia también lleva consigo algo de fantasía.

Di por bueno lo dicho, y no dije ni una palabra, no sintiéndome con fuerzas para discutir con una aparición que se parecía tanto a una jovencita.

–He venido, – dijo el ángel, – para preguntarse si te gustaría ir al paraíso sin pasar por las vanas formalidades de la muerte y los funerales.

Como podéis pensar, semejante proposición me resultó agradable a más no poder; siempre había tenido el ferviente deseo de contemplar los esplendores augustos del cielo. «¡Partamos enseguida!» – exclamé yo. Apenas acabada esa frase, una nueva rosa, en forma de globo, descendió en mi habitación por el techo entreabierto; la cestilla, bastante amplia para que dos personas cupiesen, estaba hecha de trenzados de rayos de sol. Cuando el ángel y yo estuvimos sentados, éste dijo a unos invisibles servidores:

«¡Soltad todo el lastre!»; ¡y ascendimos velozmente en la soledad azul y sombría de la noche!

II

Mientras los domicilios de los hombres iban desapareciendo en una tenebrosa lejanía e incluso las montañas se convertían en confuso fondos, yo pregunté:

–Bello ángel, ¿el Paraíso es tan magnífico como lo imaginan mis sueños? Háblame, ¡oh mi divino guía!, cuéntame las maravillas que se prometen a mi mirada, los goces que serán ofrecidos a mi alma.

El ángel se dignó a responderme:

–No hay palabras en el lenguaje humano (al menos que puedes comprender, tan imbuido como estás todavía de humanidad) que pueda expresar el perpetuo prodigio de la estancia en el Paraíso. Aún cuando consiguieras imaginarte el milagro de un jardín donde el suelo tuviese el color y la transparencia del sol de verano, donde todas las flores fuesen vírgenes más ingenuas que las flores de lis, donde el aire estuviese hecho de perlas vaporizadas, tu quimera estaría tan alejada de la exquisita realidad ¡como una negra medianoche de invierno difiere de una mañana de abril! Y lo que resulta aún más imposible hacerte presentir, es el goce infinito, eterno, inmutable, con el que te verás envuelto y penetrado desde el mismo instante en el que hayas franqueado el augusto umbral, desde que seas una de las puras llamas del inextinguible incendio.

Todo ese discurso redoblaba mi impaciencia. «¡Apresurémonos! ¡apresurémonos!» – dije yo. Pero me di cuenta que el globo, – ya habíamos sobrepasado las primeras estrellas, – ya no subía, y se encontraba inmóvil en la inmensidad.

–¡Oh! ¿Qué sucede? – pregunté.

–Lo que ocurre – dijo el ángel – es que eres demasiado pesado.

Como no había tenido tiempo de vestirme para es viaje a través de los cielos, no tuve más remedio que arrojar mis ropas por encima del borde de la cesta.

–Por otra parte, – continuó el ángel que brillaba en mi pensamiento – eso no sirve de nada. El peso que interrumpe nuestra ascensión no es de índole material. Si quieres subir es conveniente que te desprendas de tus ambiciones, de los sueños de gloria y opulencia, que te atraen hacia el mundo inferior.

Desde luego, me costó mucho acceder al consejo de mi guía. ¿Qué poeta no contiene en sus quimeras los capitolios llenos de aclamaciones, las muchedumbres rendidas por el ritmo pomposo de los versos, y, en los palacios de oro y piedras preciosas, los coros de jóvenes poetisas que cantan alabanzas al triunfal rapsoda? Pero el deseo del Paraíso predominaba en mí sobre los demás anhelos. Con resolución, lancé en la oscuridad, hacia la tierra despreciada, mis orgullos, mis esperanzas de renombre y de riquezas; y el globo hecho de una nube roda, apenas desprendido de esos vanos lastres, reanudó su ascenso, furiosamente, más allá de todas las estrellas.

III

Aunque todavía estuviésemos muy lejos del sublime destino, una suave y blanca luz me bañaba, me enervaba. Salimos de las tinieblas terrestres para entrar en el comienzo del verdadero cielo. En una claridad que parecía hecha de plata líquida, grandes ráfagas pasaban silenciosamente, y el viento de esas alas me daban en la frente y en los cabellos unas caricias exquisitas; el aire que respiraba fluía en mi boca, en mis pulmones, en mi corazón como un tibio arroyo de encantamiento. ¡Oh! ¡qué embriaguez me invadiría

pronto, en el mismo Paraíso, puesto que su proximidad, sin embargo tan lejana, me colmaba ya de tales delicias?

Pero percibí, lleno de inquietud, que el globo dejaba de subir.

–Ya veo lo que ocurre, – dijo el ángel – todavía eras demasiado pesado.

–¿Acaso no he repudiado las ambiciones, los sueños de gloria y de opulencia?

–Sí, pero en el fondo de tu alma tienes los recuerdos de los amores humanos; no has olvidado las risas, los besos de las bellas pecadoras; esos son los tiernos anhelos que te atraen hacia el mundo inferior.

¡Cómo! ¿a vosotros también, reminiscencias de los sutiles flirteos y los lentos abrazos, a vosotros también, recuerdos olorosos de los corsés abiertos y los cabellos sueltos, a vosotros también, susurrantes ecos de los cuchicheos de alcoba en las lánguidas medianoches, debo perderos? Pues bien, para hacerme digno del Paraíso, consentí en ese cruel sacrificio; arrojé, a través de los fulgores, hacia las oscuridades inferiores, la memoria de vuestras complacencias, labios rosas, pechos pálidos, lisas caderas de tibio satén; y el globo volvió a ascender como en un transporte de alegría, en la luz cada vez más resplandeciente.

IV

¡Oh, espectáculo! Vi, vi por fin las puertas de diamante del incomparable lugar. Allí estaba el Paraíso, encima de mí, tan cercano; en mis ojos humanos tenía todo el celeste deslumbramiento. ¿Quién se atrevería a intentar decir de ese fulgor que era más terrible que un inmenso estallido y más dulce que una eclosión de rosa blanca? Y, más allá de las puertas abiertas, contemplaba, bajo unos racimos de nieve diáfana donde florecían unas estrellas, el paso misterioso, por parejas, de los bellos ángeles y de los ángeles más bellas. Oh, éxtasis de los seráficos himeneos, perpetuo beso de los labios siempre puros, yo también os conoceré. ¡Iba a entrar en el augusto umbral del eterno goce!

Pero de repente, me percaté de que el globo, tan cerca del umbral divino, ya no ascendía. Fui presa de una amarga desesperación.

– ¿Acaso no he arrojado todo como un lastre, por encima del borde de la cesta? Nada, nada me queda ya de las ambiciosas vanidades y las culpables lujurias.

–Todavía eres demasiado pesado, – dijo el ángel, – pues te queda...

–¿Lo qué? – pregunté, inquieto.

–Te queda en el fondo de tu corazón, allá abajo, muy profundamente, donde no te acosarán las ambiciones ni las concupiscencias, el recuerdo de una pequeña niña, no bella, apenas bonita, que desvió su boca de la tuya en el sendero de un bosque de álamos, una noche cuando tenías dieciséis años. Vamos, arroja este pensamiento como lo demás. ¡Fíjate como brilla el Paraíso!

Pero yo dije: «¡No!»

Entonces, a un gesto enfurruñado del ángel, caí en el abismo a través de las luces y las sombras, hacia el mundo inferior, y caí sobre la tierra negra y dura, muy lejos de los esplendores paradisiacos; espantado, roto, tal vez moribundo, – pero feliz de haber conservado el recuerdo de la pálida muchachita, tan pequeña, tan frágil, que rechazó mis labios una noche cuando yo tenía dieciséis años, en el sendero de un bosque de álamos, donde no acabó de eclosionar del todo la gavanza de mis primeros amores.

LAS ROSAS DEL JARDÍN AZUL

I

Jóvenes muchachos, jóvenes señoritas, ¡olvídaos de mantener el espíritu prudente y el corazón serio! Pero sed, a vuestra edad, locos encantadores y encantadoras locas. La inmemorial humanidad es una abuela que para animarse tiene necesidad de escuchar, niños, la música de vuestras risas y la más dulce aún de vuestros besos. Si alguien os dice que conviene ser serios y desdeñar los goces, haced oídos sordos a ese taciturno consejero; no escuchéis más a las personas taciturnas que cuentan las mentiras del placer, las amarguras de la felicidad, – la vanidad de vivir. No, ¡vivid ardientemente, alegremente! Arrojad, con canciones, manojos de flores a las narices de la experiencia, esa antigua aguafiestas. Sed jóvenes, puesto que lo sois en efecto. Abrid vuestras bocas donde se ha de posar la abeja del beso; abrid vuestros corazones donde anidaran como tórtolas los arrulladores amores; ¡amad! ¡amad! ¡amad! ¡oh! apresuraos a amar. No perdáis ni un minuto en vanas vacilaciones, Pues el tiempo pasa aprisa, llevándose consigo la ocasión de las delicias, la posibilidad de los encantos; y, si dejáis pasar la hora florida, podría sucederos lo que ocurrió en los tiempo de los genios y las hadas, en un reino cerca de Bagdad, a la más joven de las hijas del rey. De su historia se hizo una canción.

La bella vestida de tul,
Que quiere pero no osa
A recoger las bonitas rosas
Del bonito jardín azul...

y he olvidado las demás estrofas. Pero os contaré el cuento y como la princesa, en ese reino cerca de Bagdag, fue castigada por haber sido demasiado prudente.

II

El día en el que tuvo quince años, cuando se paseaba a orillas del río, vio un jardín que era el más bello y el más raro que pueda imaginarse; jamás había contemplado parterres ni céspedes que fuesen comparables a los de ese jardín, además parecía grande como el mundo entero y estaba lleno de hojas color del cielo y florido con flores que parecían llamas rosas; y esas flores eran tan bellas y luminosas, exhalando un tan

delicioso perfume, que se habría podido creer que los invernaderos del Paraíso, transportados por un golpe de viento, habían ido a parar allí.

Mientras la hija del rey se extasiaba con tal maravilla:

–¡Hola, a ti que tienes quince años! – dijo una voz melodiosa como un canto de jilguero.

Y, muy pequeña, a medio emerger de un macizo de flores, la personita que hablaba de ese modo lucía una diadema de piedras preciosas de donde colgaban bucles de oro sobre un traje de brocados; no era difícil adivinar que se trataba de una hada.

El hada, sonriendo, continuó:

–Hete aquí que ya estás en edad de entrar en el jardín azul donde se abren las únicas flores que merecen ser recogidas. ¡Entra, hija del rey! Si hubieses nacido de un leñador y una lavandera, la puerta tampoco te estaría cerrada, puesto que has cumplido quince años esta mañana con el primer trino de la alondra. Entra, y no te preocupes en ningún modo, ni temas que se te regañe, y haz el ramo con el que se perfumará toda tu vida, pues los verdaderos nombres de esas flores son Ternura, Besos, Sonrisas, y las más pequeñas, apenas abiertas, que se ocultan bajo el azul de las hojas, son los Sonrojos del primer amor.

¡Podéis imaginar la alegría de la princesa! Podría coger y llevarse todas esas maravillosas rosas. Tras efusivas palabras de agradecimiento a la buena hada, corrió alegremente hacia las llamas desplegadas, e iba a comenzar la recogida, cuando...

III

...cuando un horroroso enano, completamente calvo y luciendo barba blanca que parecía un anciano muy pequeño, surgió ante ella, apoyado en un bastón, y comenzó a hablar tosiendo y escupiendo.

–¡Eh! – dijo – ¿es corriente en estos días que las jóvenes señoritas corran solas a través de las llanuras? ¿Es que siendo hija de rey no hay en tu palacio sirvientes para vigilar, ropa abundante en los armarios, cuencos de confituras amontonadas sobre los mostradores del aparador? Apuesto a que no has pensado para nada hoy en informarte acerca de si faltaba algún galón en el manto real de tu padre, o si habían metido monedas en los bolsillos de tu hermano pequeño, el delfín. Vamos, regresa a tu domicilio, te lo ruego, y lejos de perder tu tiempo en recoger esas flores con las que te deslumbras, preocúpate de las cocinas a fin de impedir que los aprendices no hurten para beber el vino que deben echar en las salsas.

–Pero, señor enano, la buena hada me había permitido...

–La buena hada no sabe lo que dice y te ha dado tres malos consejos. Además debes saber que las rosas del jardín azul no son del todo lo que parecen ser. Estoy de acuerdo en que vistas desde lejos parecen deseables; pero, en el mismo instante que las hayas cogido te quemarán los dedos, ¡pues están hechas de un fuego terrible! – no dejarías de maldecir tu atrevimiento; pronto no tendrías en la mano más que un triste y pálido prurito devorador; los verdaderos nombres de esas flores son Amargura, Desesperación, Lágrimas, y las menos dolorosas son los recuerdos de las felicidades perdidas.

IV

¡Podéis imaginar la perplejidad de la princesa! ¿A quién debía creer? ¿al enano o a la buena hada? ¿era a ésta a quién debía obedecer o a aquél? ¡Oh! ¡qué atraída se sentía por las milagrosas floraciones! Pero podía ser cierto que fuesen tan fatales como bellas. No sabiendo que resolver, regresó hacia su domicilio; quería razonar sobre esta

aventura, pedir consejo a su nodriza, en una palabra tomar el tiempo necesario para reflexionar. ¿Qué arriesgaba? mañana, pasado mañana, no sería demasiado tarde aún para ir a hacer un ramo; con su follaje de hojas azul cielo y florido con flores de llama, el jardín siempre se desplegaría cerca del palacio a lo largo del río.

V

Pasaron varios días. La hija del rey permanecía indecisa. Hubiese dado tanto por poner en los jarrones chinos y en las copas japonesas, que están sobre las repisas, las Ternuras, los Besos, las Sonrisas, y sobre todo los Sonrojos del primer amor, todas las exquisitas flores que la dama vestida de brocados le había permitido coger; pero ¡cómo temía también tener, después de la recolecta, los dedos quemados! ¡cómo temía llevar al domicilio las Amarguras, las Desesperaciones, las Lágrimas y los Recuerdos de las felicidades perdidas! Después de un año transcurrieron más años. El padre de la princesa murió, el delfín fue rey. Preocupada, desconsolada de la mañana a la noche, y de la noche a la mañana, – pues no había querido casarse – se lamentaba a más no poder; de tal modo le parecía igualmente pensoso tomar un partido o el otro. Cuántas veces, acodada en su ventana, había tendido los brazos hacia la maravilla del jardín azul, allá abajo! Lamentablemente, las palabras del enano de barca blanca no podían salirle de la mente; y vigilaba a los sirvientes, alineaba la ropa en los armarios, colocaba cuencos de confituras sobre los mostradores del aparador. Pero, finalmente, una cálida mañana de verano, se dijo que no podía continuar viviendo de ese modo. Bruscamente decidió que iría, pasase lo que pasase, a hacer el delicioso y temible ramos; se puso en camino, sola, a lo largo del río.

VI

En ese momento la invadía una inquietud: ¿y si se hubiesen marchito las bellas flores de llama?

No tardó en tranquilizarse; el jardín se le apareció, amplio y magnífico: era tan luminoso, exhalaba un tal exquisito perfume que se habría podido creer que los invernaderos del Paraíso, transportados por un golpe de viento, habían ido a parar allí.

Llena de alegría, jadeante de deseo, la princesa iba a lanzarse...

–Hija de rey, – dijo la buena hada que lucía una diadema de piedras preciosas de donde colgaban unos bucles de oro, – no entrarás en el jardín donde se abren las únicas flores que merecen ser cogidas; y aunque hubieses nacido del más poderoso emperador del mundo y de la reina de una estrella, la puerta no te abriría puesto que tuviste quince años, una mañana, con el primer trino de la alondra! Pero por desgracia, mírate en el río, te lo ruego.

La princesa se inclinó hacia el agua; vio que tenía los cabellos grises, que sus ojos eran parecidos a unos acianos muertos.

–¡Adiós, a ti que tienes cincuenta años! – dijo la buena hada anegada en lágrimas.

Entonces la hija del rey se dejó caer sobre unapiedra, ante la puerta cerrada; y se lamentaba con sollozos y lágrimas, por haber sido

La bella vestida de tul,
Que quiere pero no osa
A recoger las bonitas rosas
Del bonito jardín azul...

PUCK EN EL ORGANILLO

I

En cierta ocasión, Puck tuvo una disputa con unas abejas porque se había introducido subrepticamente en una colmena para robar miel; las moscas doradas, embriagadas de melaza, le recriminaron despiadadamente con sus agujones, en un tumulto de alas luminosas. En verdad, Puck no sabía donde meterse. Tomó partido por huir, saltando de rama en rama, brincando de brizna de hierba en brizna de hierba, diciendo a los pájaros: «¡Dejadme paso!» gritando a las cigarras: «¡Aparta! ¡aparta!» y pidiendo a las ardillas, que se escabullían entre las hayas, que lo dejaran subir a sus lomos. Pero las crueles abejas no perdían su pista. Realmente él temía no poder sustraerse a su enfado, cuando, llegado a una calle de un pueblo, observó a un pobre muchachito, harapiento, tiñoso, que tocaba el organillo pidiendo limosna. ¡Ah! no era una hermosa música lo que salió del instrumento resquebrajado, desafinado y estropeado. Pero Puck no estaba de humor para reparar en tonadas más o menos agradables. Viendo el organillo, no se le ocurrió otra cosa que ir a ocultarse allí para evitar la persecución de sus enemigas. Hecho como dicho. Un duende se desliza fácilmente por donde no podría pasar el dedo meñique de una niña. ¿Quiénes fueron engañadas? las abejas que, revoloteando a su vez en la calle del pueblo, ya no vieron a nadie, excepto al muchachito que giraba la manivela. Muy decepcionadas, retomaron su vuelo hacia sus rosas y sus jacintos, que comenzaban a aburrirse al no ser picoteadas en los jardines.

Pero, entonces ocurrió algo extraordinario. El organillo, antes tan patético, ahora emitía las más bellas canciones que se puedan oír; habríais dicho que esta repleto de ruiseñores, de currucas y alondras matinales, de los melodiosos sonidos que de allí salían, de los ligeros trinos y de los bonitos y claros gorjeos! toda una pajarera entre cuatro tablas. ¿De dónde provenía eso? del capricho de Puck, que, no sabiendo en que emplear su tiempo en el instrumento que lo había cobijado, cantaba para distraerse; ahora bien, nadie ignora que a fuerza de escuchar, desde la primavera al otoño, la algarabía de los nidos, se había hecho más hábil que nadie en el difícil arte de encantar por la voz. El mendigo fue el primero en asombrarse tanto como es posible estarlo, – jamás habría pensado su organillo capaz de tan deliciosa música! – si en el umbral de las puertas, bajo las ventanas abiertas, había grupos de personas encantado que no podían creer lo que sus oídos escuchaban. «¡Oh! ¡Qué bonito! ¡ah! ¡Qué agradables romances! ¡Que bien suena! »Los más avaros arrojaban unos centavos, monedas blancas; habrían arrojado Luises si los hubiesen tenido. Incluso las mujeres y las

muchachas encontraban que el joven muchachito no era tan desabrido como se hubiese podido tener en una primera impresión; su tiña, considerando bien las cosas, hacía que su cabello fuese rubio, como pajas doradas; debía tener la piel blanca bajo los harapos. Tanto es cierto que resulta agradable ver lo que es agradable escuchar; fue por el oído más bien que por los ojos como se entró en los corazones.

II

La fama del organillero se propagó muy aprisa por las aldeas y los burgos. Pronto quisieron escucharle en las más magníficas ciudades y las más grandes capitales; el entusiasmo se desbordó. No había armonía delicada y amorosa hasta el punto, – pues arrullos de ramas se mezclaban ahora con los trinos de los pajarillos, –que todavía no hubiese deslumbrado a los diletantes. Él ya no iba a las fiestas populares. Solo se dignaba a aceptar las invitaciones en casa de la marquesa al salir de la casa de la condesa. Apenas comenzaba a hacer girar la manivela que ellas se extasiaban detrás de sus abanicos. «¡Ah!, querida, no se podría una hacer una idea de semejante encantamiento! ¿No da la impresión de estar en paraíso? En lo que a mi concierne, pienso que los ángeles no interpretan tan divinos conciertos con sus mandolinas ni sus laúdes.» Él no encontraba esos elogios exagerados, acostumbrándose a la gloria.

Ya no habríais reconocido al niño bohemio del camino. Ahora se vestía con satén escarlata y broches de plata, y llevaba sobre sus cabellos en bucles una corona de piedras preciosas y perlas finas; pues no era meno rico que ilustre; en lugar de las monedas que se le arrojaban antes, unos pajes arrodillados de ofrecían, de parte de sus amos, ducados, doblones, luíses y joyas sobre un plato de oro; y las bellas damas que obtenían de él el favor de una audición particular, le hacían regalos mil veces más preciosos.

La hija del rey escuchó hablar del maravilloso músico; ordenó que se le condujese a la corte. Ella desconfiaba temiendo una decepción; no creía posible justificada su fama. Pero, tras cuatro compases se vio invadida de tal entusiasmo que juró con gran pasión: «Jamás tendré otro esposo que este apuesto organillero!» Esto, al principio, no fue del agrado del rey. Un gran monarca no se digna a admitir por yerno a un muchacho sin abolengo, – incluso sin padre ni madre – que mendigó por los caminos. Pero habiendo caído el rey en una lánguida enfermedad, los médicos declararon que no podría ser curado de otra forma que no fuese mediante el encanto de la música; fue necesario recurrir al melodioso vagabundo; con tres giros de manivela, el monarca recuperó la salud tanto como pueda ser deseable. Entonces el agradecimiento triunfó sobre el orgullo, y el mendigo de antaño se casó con la princesa.

III

¿Creéis que después de eso su gloria y su dicha llegaron hasta lo más alto? Os equivocáis. En cierta ocasión que el ejército partía para la guerra, él se situó el primero de la fila con el organillo interpretando furiosos cantos de combate – pues Puck recordaba haber oído a soldados tocar las cornetas en el bosque – que, según la opinión general, la victoria fue debida a la valentía extraordinaria que esa música había inducido en los corazones. Los pueblos, en su gratitud, no dudaron: el músico fue elegido emperador de toda la región y tuvo a su suegro por vasallo.

Y nunca reino alguno había sido tan glorioso ni tan feliz; para que sus más miserables súbditos estuviesen contentos de su suerte, para que no hubiese

desesperación, ni cólera, ni revueltas, bastaba al nuevo amo hacer escuchar algunas de sus melodías.

Se comprendió que la corona, el cetro, los palacios llenos de cortesanos no eran más que débiles recompensas por un mérito semejante. De aquél al que se le había hecho emperador, se le hizo dios; le dedicaron templos de alabastro y porfiria, siempre llenos de inciensos y orantes arrodillados; había en ellos, pintadas sobre las paredes y encima de todos los altares, imágenes del organillo al que se adoraba. ¿Qué hombre conoció nunca tal gloria? Y, con tantos triunfos, él estaba alegre y poseía la dicha incomparable de hacerse tocar para él solo una música que lo hacía llorar de delicia.

–¡Ah! ¡ya está bien! – se dijo Puck – ya hace mucho tiempo que estoy en esta caja y comienzo a aburrirme.

Echó un vistazo al exterior, y, viendo que las abejas ya no estaban, se marchó a jugar al lindero del bosque cerca de Atenas, con el Sr. Flor de los Guisantes y el Sr. Tela de Araña.

IV

¡Toda la ciudad prorrumpió en carcajadas! ¿De la música? Digamos que un jaleo que espantaría a los osos bailarines. Jamás estrépito tan discordante había desgarrado los oídos. No se podía soportar. ¡Y no se soportó! Se expulsó al dios de los templos, al emperador de sus palacios. ¡Fi! ¡fi! ¡fuera de aquí! ¡fuera de aquí. Y las servidumbres de las cocinas, para burlarse del desdichado, le perseguían blandiendo y haciendo sonar unas cacerolas.

Él esperó encontrar una mejor acogida en casa de las marquesas y condesas que se extasiaban antes detrás de sus abanicos; pero, desde las primeras notas: «¡Oh! ¡oh! ¿qué significaba eso? En cuanto a mí, pienso que se ha dejado entrar en la casa a todos los gatos del país.» Luego, los criados lo empujaron a la calle, no sin haberle roto sus bonitos vestidos y robado el dinero que tenía en los bolsillos.

Desesperado, volvió a los pueblos donde antaño se le habían arrojado unos centavos, donde las muchachas se agrupaban al paso de las puertas, en el éxtasis de escucharle. Apenas comenzaba a tocar cuando las campesinas huían tapándose los oídos; ¡fueron piedras lo que le arrojaron! Entonces comprendió que habían acabado todas las glorias y todas las dichas. Se dejó caer al borde del camino, harapiento, tiñoso como en los tiempos de las antiguas miserias, sin otra esperanza que la muerte, tanto o más triste que, si empujaba la manivela del organillo, emanaba del instrumento un agrio ruido que incluso a él mismo lo deprimía.

Y contando este cuento, he pensado en los poetas tiernos o sublimes, durante mucho tiempo inspirados,, porque ellos tuvieron un amor en su alma, en los poetas gloriosos, casi dioses, que ahora languidecen, solos, sin sueños, en el olvido, y no pueden siquiera extraer de su corazón ni un lamento consolador, – de su corazón roto, ajado, estropeado, de donde las bellas músicas, junto con el amor, levantaron el vuelo.

EL PEOR SUPPLICIO

I

Una vez llegó al infierno un alma tan espantosamente criminal – era, imagináis bien, el alma de un hombre – que el rey Satanás se encontró en un muy grande compromiso, al no saber que suplicio nuevo inventaría para castigarla. Pues usar en este caso calderas de plomo fundido, horquillas incandescentes, suelo de caldeo calentado al rojo vivo, lechos de agujas, cubas llenas de víboras, u otros medios de tortura, comúnmente empleadas para vulgares sacrílegos o simples parricidas, no era el caso. ¿Qué extrañas faltas hacia cometido en la tierra el hombre portador de esa alma? ¿Había sido uno de esos reyes feroces a quién no agrada, en la victoria, más que el olor de los campos ensangrentados? ¿un traidor que no duda en entregar el honor de su padre y la vida de su más querido amigo, y los entrega en efecto, si se les pone precio?, ¿un seductor de vírgenes al que el recuerdo de sus besos no es dulce como si se mezclase en él el recuerdo de sus lágrimas?. ¿En circunstancias particularmente terribles, había mentido, robado, engañado, asesinado? ¿o bien – crimen atroz más abominable todavía – vivió mucho tiempo sin amar los versos ni la música, sin sentir placer ante el perfume de las rosas? La historia no es precisa en este sentido; hay que resignarse a admitir, sin otra explicación, que era criminal más allá de lo que uno pueda imaginarse. Y Satanás, a causa de ello, se encontraba, como ya he dicho, en un gran apuro. Precisamente tenía buenas razones para creer que el buen Dios, desde hacía tiempo, le consideraba un negligente, un tibio; incluso algunos serafines, encargados de la inspección de los suplicios infernales, habían insinuado en sus informes – él no lo ignoraba – que el ejecutor de las justicias celestiales debería ser un ángel de una austeridad probada, y no un demonio, siempre sospecho de indulgencias en el castigo de los pecados que él mismo sugiere; un cómplice no puede ser más que un verdugo demasiado misericordioso. Era pues urgente que el Diabolo demostrase en esta ocasión el celo más irreprochable y diese un ejemplo terrible. Sí, ¿pero cómo? Se devanaba los sesos y no encontraba ningún suplicio realmente excesivo, y bizarro, no pasado de moda y curioso, – divertido en una palabra – tal como debería ser para volver a conquistar la confianza del Señor. A fin de incentivar su imaginación, se dedicó a releer el poema de Dante Alighieri y el de Alexandre Soumet. ¡Bueno! ¿qué era todo eso? Esos compositores de versos no entendían nada. Estar encadenado en el hielo, llevar encima láminas de plomo, nadar en un lago de sangre, estar encerrado bajo la corteza de un árbol, subir de escalón en escalón toda la escala de sus crímenes, ver, siendo madre, a su recién nacido,

envejecido, ajado, arrugado, convertirse en centenario permaneciendo siendo pequeño, –¡las torturas ñoñas! ¿Por qué no extender a los condenados y condenadas sobre sedosas telas, sembradas de rosas, entre dos esclavos de rodillas agitando unos abanicos perfumados, u ofreciendo, en unas copas de cristal, pastelillos de cidros y confituras de perlas?

II

Como el rey Satanás se lamentaba con gritos y rechinar de dientes al no poder inventar algún tormento realmente extraordinario:

–¡Señor! – gimió una voz.

Subía de una cuba en llamas. Era la voz de un poeta recién llegado al sombrío imperio, y que expiaba en un incómodo calor su fervor en demasía a cantar el oro vivo de los cabellos y la nieve de los senos donde florecía una rosa.

–¿Quién me habla? –preguntó el Diablo.

–Alguien que os mitigará la aflicción si os dignáis a concederme en mis sufrimientos un instante de reposo.

–¿Nada más que un instante? De acuerdo. Me parece bien.

El poeta, fuera de la cuba, se estiró deliciosamente en el frescor del aire, y, radiante, tras un poema de Henri Heine, se apresuró a recitar un soneto de Ronsard.

–Vamos, habla – exclamó Satanás.

–Se trata de lo siguiente. En una ciudad llamada París...

–La conozco – dijo el Diablo.

–Bajo los laureles rosas, casi no floridos todavía, en un balcón, una joven rubia de ojos azules, borda o tiene en la mano, soñando, un libro que no lee. Id hacia ella, señor, y os revelará el más espantoso de los suplicios.

Como el instante había transcurrido, el poeta fue de repente introducido en la cuba; pero, durante un tiempo bastante largo, no sintió la molestia de las llamas porque pensaba, extasiado de ritmos, en los poemas que había recitado.

III

Pero el Diablo no quedó demasiado satisfecho con el consejo que había recibido. Creer que un habitante de la tierra tendría más ingenio, creando tormentos, que él, ¡príncipe del eterno averno! Sin embargo como no tenía alternativa y nadie sabría que intentaría esa aventura, se decidió a partir para la tierra. Con sus negras alas abiertas, atravesó los tenebrosos espacios, llaneó en el azul soleado, se orientó muy rápido, giró hacia París no tardando en descubrir el balcón donde la joven estaba sentada con un libro sobre las rodillas, entre los laureles rosas. Entonces fue presa de una gran cólera, y se prometió hacer añadir algunos millares de gavillas bajo la cuba del poeta! Pues éste, evidentemente, se había burlado de él. El Diablo no tenía más que ver, incluso de lejos, a la niña soñadora entre las ramas para estar seguro de que ningún pensamiento malévolo podía poseerla; y, cuando la observó más de cerca, estuvo más persuadido todavía. Bajo unos cabellos de oro ligero, tan pálidos, que temblaban como un nimbo vaporizado, ella tenía una dulzura infinita en sus ojos más lípidos que unos lagos vírgenes; no se podía explicar la nieve de su frente, incomparablemente blanca, más que mediante el candor de su sueño, que afloraba; y sobre su boca, no cerrada del todo, – pues esa señorita era una joven muchacha – en la gracilidad de sus brazos, de sus manos menudas, de su busto que apenas confesaba su adolescencia, en todo su aspecto de colegiala que nada turbó aún, había esa ingenuidad encantadora que se asombra de todo,

que ni siquiera sabe que existe el mal, y lloraba cálidas lágrimas por una cochinilla aplastada, por descuido, en la arena del jardín. Satanás, que reconocía las inocencias por haber espabilado más de una, reconocía que no había encontrado ninguna semejante a ésta; ni siquiera le acudió a la mente la idea de tentarla, enternecido, aunque poco predispuesto a semejantes emociones, por tanta pureza y dulzura; y, tan descontento como estuvo por tan inútil viaje, prorrumpió en una carcajada pensando que había venido a pedir una tortura a esa niña, a ese ángel.

Sin embargo, por si acaso, confesó el motivo de su visita, excusándose por otra parte, pues es muy educado – con mucho respeto y humildad.

Ella abrió sus grandes ojos ingenuos.

–¿Qué? ¿un suplicio más espantoso que todos los suplicios del infierno?

–¡Precisamente! ¡Oh, olvidad mi locura!

–¡Eh! pero yo creo – dijo ella en su sonrisa de jovencita, – que vos podrías llevarlo a cabo.

–¿Eh? – exclamó el Diablo –¿Conocéis un tormento?...

–Dios mío, sí.

–¿Espantoso?

–Por lo menos lo considero así.

–¿Y sin fin?

–Con seguridad. A cauda del recuerdo.

El Diablo la miraba, estúpido por la sorpresa.

–Este es – dijo ella siguiendo con sus ojos una mariposa blanca que volaba al sol por encima de los arbustos. – Vos traeréis a aquél que queráis castigar. Aquí, a este balcón, cerca de estos laureles rosas. Yo le mostraré el brocado que estoy acabando y el libro de cuentos de hadas que leo. No le miraré, no le sonreiré, y cuando tenga ganas de mis labios...

–Cuando tenga ganas...

–Sí. Cuando tenga ganas...

–¿Entonces?

–Yo se los negaré, – dijo ella con una voz tal dulce que todas las flores del balcón se abrieron de gusto.

EL NARCISO

I

¿Había una gran conmoción en todo el reino porque la hija del rey iba a morir de hambre? ¡Cómo! ¿de hambre? ¿Una princesa? ¿No había ganado en las praderas, caza en los bosques, legumbres en los campos ni frutas en los vergeles? ¿o es que no había ya cocineros en las cocinas? ¿Qué catástrofe había sobrevenido? ¿Cómo podía suceder que una persona tan noble y tan rica no tuviese siquiera lo que raramente falta a un campesina en su cabaña o al mendigo en su choza, – un pedazo de pan? Pues bien, ella tenía tanto pan como se pudiese desear, pasteles también, los más azucarados del mundo; le habría bastado hacer una señal para que se pusiesen ante ella sobre la mesa, las carnes más sabrosas, los más delicados venados, y unos pequeños guisantes frescos como gotas de rocío, melocotones de terciopelo violeta y naranjas de oro. Pero la princesa no podía comer los víveres con los que se sustentaban los hombres y las mujeres; las hadas, inclinadas tiempo atrás sobre su cuna, habían decidido que se alimentaría únicamente de las flores recientemente eclosionadas o de las mariposas que se posan encima. Ahora bien, hacía dos semanas que una borrasca había caído en ese reino, arrasando los jardines, rompiendo y volcando los invernaderos, de tal modo que era imposible encontrar un pétalo de gavanja o un cáliz de cactus. No, en los parterres ni un jacinto, ni un jazmín, ni una margarita, ni una cola de dragón, ni un tulipán, ni en las hayas una rama de espino florido. Por lo que respecta a las mariposas hacia tiempo que las ráfagas de viento se las habían llevado a todas, a lo lejos, no se sabía a donde, hacia países desconocidos donde ahora caían, tal vez, tristes y muertas, como despojos de copos de nieve. De modo que la princesa estaba en el más patético estado que uno pueda imaginarse; estaba más pálida que las más pálidas flores de las que una solamente habría bastado para salvarla; moriría si su ayuno se prolongaba durante algunas horas más; y como tenía bastante mal carácter, aun cuando comía hasta hartarse, imaginad las recriminaciones que hacía a sus damas de honor cuando éstas entraban en la habitación principesca sin traerle la más mínima florecilla de los campos o los bosques.

II

He dicho – y tengo motivos para decirlo – que todo el reino estaba sumido en la desolación a causa de la inmediata muerte de la princesa. No habríais reconocido al rey

de lo que había envejecido en algunos días; y a los ministros, a los chambelanes y a los mayordomos daba pena verlos, porque sería verdaderamente indecoroso que los mayordomos, los chambelanes y los ministros estuviesen de buen humor cuando el jefe del Estado estaba tan triste.

Pero la más sincera y más violenta desesperación se encontraba en el corazón de un pequeño paje, pues desde hacía tiempo él adoraba, sin esperanzas, a la princesa; la idea de que pronto se convertiría en una persona muerta le sumía en tales congojas que habría hecho conocer la misericordia a los tigres de los bosques y a las rocas de los montes si se le hubiese visto entre rocas y tigres. ¡No se trataba precisamente de que él alabase la clemencia de la princesa! Bien al contrario. Ninguna palabra podría expresar las crueldades a las que ésta había sometido al pequeño paje que estaba a su servicio. Desde que él suspiraba, ella reía. Desde que él se acercaba a ella, por la noche, para darle algún recado, ella no se volvía, lo que hubiese sido caritativo, sino que lo miraba a los ojos, se sentaba y le decía: « Bien, bien, ven, es hora de dormir, quítame mis medias, te lo ruego » luego se alejaba burlándose, con sus damas, que no dejaban de reír, crueles también. Pero éstas últimas estaban justificadas al no ser amadas por ese pobre muchacho. Tanta barbarie no impedía al paje ser el más tierno de los enamorados; si vinieseis a decirle que la princesa no era tan dulce como las corderillas de los prados, habría enrojado de ira; y probablemente tuvierais algún problema con él.

Desde el momento que supo que la hija del rey se marchitaba a causa de la borrasca que se había llevado todas las flores con sus mariposas, no tuvo ni un instante de vacilación. Se echó a correr a través del reino, buscando rosas, flores de lis, margaritas, no importa, para la comida de la que amaba. Pero no encontraba nada. Continuó buscando. Alguien dijo a la princesa: « ¿Vuestra Alteza sabe que el paje ha partido con la esperanza de buscaros un almuerzo? » Ella sonrió con desdén. Parecía que almorzaría con pena las flores que le trajese el pobre muchacho, y dijo: « ¡Ah! ¡qué hambre tengo!» Él, sin embargo, recorría todo el país, en busca de floraciones y descendió por los barrancos y subió las más altas cotas, y esperaba que tal vez encontraría entre dos rocas, cerca de los glaciares, la misteriosa flor de los Alpes, tan pequeña y azul, que hubiese impedido morir a aquella de la que él estaba prendado. Pero no, incluso sobre las más altas cimas, incluso en los más profundos agujeros, ¡ni una flor! tan formidable y encarnizada había sido la tempestad; regresó de todos sus esfuerzos con la angustia del fracaso. « Ya lo había previsto, dijo la princesa; es ridículo que se confíe a tales niños el cuidado de las personas regias.»

III

Entonces, sabiendo que ella había proferido esas crueles palabras, el pequeño paje sintió su corazón encogido y desgarrado, como si un buitre se hubiese arrojado con las garras abiertas sobre ese pajarillo rojo. Puesto que ella tenía esa doble inclemencia de estar enferma y de no reconocer los cuidados de aquél que la quería curar, él decidió no vivir más, estando ella moribunda; corrió hacia una fuente cercana, muy clara y muy profunda a fin de arrojarse allí.

Llegó a la orilla, y tras haber comprado si ningún loto florecía allí – pues un loto habría bastado para saciar el apetito de la princesa, – se inclinó queriendo caer. Sin embargo vacilaba, pues es enojoso morir cuando se es todavía joven y hay tantas personas bellas en el mundo.

¡Le sobrevino una idea!

Había leído en viejos libros, que un joven, por haberse mirado en las aguas, ¡se había convertido en flor! ¿Por qué semejante suerte no le estaría permitida a él? Siendo flor, él sería comido por la princesa y de ese modo ella se salvaría.

Se inclinó hacia la fuente y miró allí su imagen reflejada; la miró durante mucho tiempo, y finalmente se dejó caer...

Apenas había caído en el agua, cuando una dama de honor de la princesa, que desde hacía un instante merodeaba por allí y lo acechaba, cogió sobre la orilla un narciso, hecho del paje, un narciso pálido que acababa de florecer.

El narciso puso a la princesa en condiciones de esperar a que las margaritas, – cesando la borrasca, – volviesen a florecer en los prados, y los tulipanes en los parterres, y las rosas en los rosales. Sin embargo apenas quedó satisfecha, y decía mordiendo con sus bonitos dientes los pétalos que, según le contaron, eran el mismo paje, muerto por ella y luego resucitado en forma de cáliz: «¡Sí ¡sí! realmente debo comérmela, pero esta flor no está muy buena.»

LOS TRES VESTIDOS

I

Aunque apenas tenía quince años, la hija del rey de Mataquin no dejaba de pensar en el placer que se debería encontrar en el amor de un príncipe de apuesto rostro; una mañana, mientras sus doncellas peinaban ante el espejo los cabellos que ella tenía muy largos y bonitos, se le ocurrió decir que le gustaría casarse. Sin duda había algo inconveniente en esta confesión; no es de buen tono que las jóvenes declaren de un modo tan abierto sus pensamientos más secretos; el día en el que tal franqueza dejase de ser censurada, no tardaríamos en ensordecernos por las voces de un gran número de mujeres, feas o bellas, viejas o jóvenes, que irían por las calles exclamando: «¡Un marido! ¡un marido! » Sin embargo, el hada Holda, que era la madrina de la princesa, no le reprochó el haber hecho esta revelación en voz alta; era un hada indulgente, a pesar de no estar exenta de toda malicia. Habiéndose abierto las puertas de la habitación por arte de magia, se la vio entrar pomposamente vestida, con aire muy sonriente: seis negritos, que debían ser gnomos africanos, llevaban tres cofres tras ella; y esos cofres eran los más bonitos de este mundo, el primero de plata con incrustaciones, el segundo de oro fino, el tercero completamente de piedras preciosas.

–¡Eh! ¡hola, ahijada mía!

–¡Eh! ¡hola, madrina!

–¿Es verdad que, impaciente como esas gavanzas que se aburren de permanecer siendo brotes, tienes prisa por tener un esposo?

–Es verdad que no tendré ninguna repugnancia por el matrimonio si se me ofreciese un marido tal como lo deseo, y, para resumirlo en una palabra, semejante a un príncipe que se me aparece algunas veces en sueños.

–¿Cómo es ese príncipe con el que sueñas?

–¡Ah! No se podría concebir a nadie tan encantador como él.

–Explícate mejor.

–De entrada, esta vestido con toda la magnificencia y todo el gusto posible.

–Los hijos de rey bien vestidos no son escasos en los alrededores.

–Tiene en su fresco rostro, unos labios frescos y rosados como una rosa húmeda de rocío.

–No faltan príncipes con bellas bocas.

–En sus ojos azules hay una profunda e infinita dulzura que, cuando se los mira, una se imagina ver todo el cielo a través de dos diáfanos zafiros.

–¡Hum! ¡hum! – dijo el hada – unos ojos así no son demasiado frecuentes; tal vez tengas alguna dificultad en encontrar algo semejante. Por fortuna, como soy buena, y no quiero exponerte a que te arrepientas por una única elección que hagas, te será permitido casarte tres veces; sería el diablo el que te conviniese si no encontrases a tu media naranja entre tres esposos.

–¡Cómo! ¿Tres veces? – dijo enrojando la princesa.

–¡No el mismo día! Tendrás cuidado de respetar intervalos convenientes entre tus distintos esponsales. Además, si tantos matrimonios te están permitidos, no te están impuestos; nada te impedirá quedarte con aquél que más te satisfaga. Pero podrás realizar varias pruebas; y es por eso por lo que te traigo estos tres cofres; en uno, que es de plata, hay un vestido de satén blanco y encajes, que vestirás para tu primera boda; en el otro, que es de oro fino, se ha puesto un vestido color de sol y estrellas, con el que te vestirás para deslumbrar al segundo esposo; y el vestido de la tercera boda, – el más bello de los tres – está guardado en el último cofre, que es completamente de piedras preciosas.

II

Pasado algún tiempo de esto, el sobrino del emperador de Golconde acudió a la corte de Mataquin para pedir la mano de la hija del rey, cuya belleza era leyenda en todos los países de la tierra. ¡Nunca había sido dado a nadie ver a un príncipe tan magníficamente vestido que éste! Sobre satenes que parecían hechos de nieve luminosa, sobre muselinas ligeras y rosas como nubes de auroras, llevaba bordadas perlas, rubís y esmeraldas que formaban grupos como flores en llamas. La princesa, deslumbrada, no puso ningún impedimento en casarse con el sobrino del emperador de Golconde.

Extrajo del cofre de plata el vestido de satén blanco y encajes, y se vistió con placer para la ceremonia nupcial.

Pero no tardó en percatarse de que un bonito vestido no algo que pueda disculpar lo demás. Su marido, cuando estaba en ropa de ordinario, por la mañana, no tenía ningún parecido con el joven príncipe que ella había visto en sus sueños. ¿Dónde estaban los tiernos ojos profundos y dulces como el cielo? Poco a poco se fue volviendo triste, quedando todo el día en su habitación, lagrimeando en los rincones; de modo que tuvo todas las dificultades del mundo en mostrar una aflicción conveniente, el día en el que le informaron que el sobrino del emperador de Golconde, que era un gran cazador, había sido devorado por los leones en la montaña.

III

Cuando acabó de llevar el luto durante más de seis meses, comenzó a decirse que nada la obligaría a permanecer viuda; y se sintió el corazón tiernamente conmovido a la vista de un jinete que acababa de llegar a la corte y que, en un torneo, había triunfado sobre los más valerosos combatiente. No solamente ese caballero llevaba unos soberbios trajes, sino que tenía, en un rostro fresco, unos labios rosados como una rosa húmeda de rocío. La princesa no contuvo su alegría cuando supo que el caballero tenía la intención de esposarla, y ella consintió a este nuevo matrimonio.

Extrajo del cofre de oro fino el vestido color de sol y estrella, y se vistió encantada para la ceremonia.

Pero no tardó en percibir – a pesar de la dulzura de los besos – que no bastaba estar bien vestido ni tener una boca fresca como las flores para procurar la dicha a una joven mujer tan exigente como ella era. No, ese marido no era todavía el que se le había

aparecido en sus tan agradables sueños; ¡no tenía los dos ojos azules semejantes a diáfanos zafiros! Se lamentaba el día, se desesperaba por la noche, infeliz más allá de todo lo que se pueda imaginar; si bien debió hacer un gran esfuerzo para no sonreír a través de las lagrimas, el día que le informaron que el caballero, que era un gran aventurero, había sido asesinado por un malévolo mago en un bosque encantado.

IV

Pasó un año sin que la princesa hubiese pensado en nuevos esponsales; las dos primeras experiencias le habían sido demasiado penosas para que le sobreviniera la fantasía de intentar una tercera; se decía que no encontraría nunca al esposo de su quimera, y soñaba melancólicamente. Pero una tarde, cuando paseaba por una alameda del parque real, vio venir por el crepúsculo a un joven más apuesto que todos los hombres. ¿Era realmente un mortal, o bien algún ángel descendido del paraíso? Parecía vestido de luz de estrellas y su boca era semejante a una rosa, pero a una rosa tan bella que no se podría encontrar igual en ningún jardín de la tierra, y cuando estuvo muy cerca de ella, brilló en sus ojos azules una tan profunda, una tan infinita dulzura, que ella se imaginó ver el cielo a través de dos diáfanos zafiros. ¡Ah! esta vez había encontrado finalmente el esposo que deseaba! Estaba allí, semejante a la deliciosa aparición de sus sueños; cuando éste dijo con una voz más dulce que el deslizamiento del viento sobre un arroyo: «¿Quieres, bella princesa, ser mi esposa?» ella se sintió invadida de tal languidez que creyó morir de delicia.

El día de la ceremonia nupcial, abrió el último cofre (que era de piedras preciosas), para extraer el vestido de la tercera boda, el más bello de todos.

Pero en el cofre había un extraño vestido, un vestido que era una mortaja.

Entonces la princesa se puso a llorar, comprendiendo que había llegado el momento de morir. Presa de un mal repentino, entregó el alma antes de que cayese la noche. Se la envolvió en la mortaja, se la acostó en el cofre de pedrerías. Pues nadie sabría poseer aquí abajo su quimera realizada; no es sobre la tierra donde las princesas se casan con los príncipes que tienen a la vez trajes magníficos, labios semejantes a las flores y ojos donde sonríe el infinito azul del cielo.

LAS CENIZAS DE LA ROSA

I

Esa mañana me encontraba de un humor sentimental porque la víspera había escuchado a una joven señorita casadera cantar al piano un tierno romance en el que las mariposas, durante la estrofa final, se demoraban sobre el corazón de las rosas. Y el jardín que atrajo mi paseo era perfecto para mantenerme en ese estado de ánimo; no había nada desagradable ni fuera de lugar; con su parterre donde las balsaminas azules, rojas, amarillas, estaban dispuestas en buen orden así como unas macetas de Sevres y figuritas de Saxe lo estarían sobre la estantería de una provinciana, con la arena de sus senderos, donde el rastrillo había dejado marcas iguales y paralelas como las líneas de una partitura musical, con sus arriates correctos, uniformes, semejantes a los encajes de un vestido que jamás haya sido arrugado, sugiriendo todo la ambición de un agradable ideal, de buen gusto, sin estridencias, estrecho, elegante, bonito, perfecto para proporcionar temas para una acuarela. El sol de julio, prodigando su sueño dorado, ponía en ese jardín todo lo que puede tener de infinito en un ramo.

Una mariposa que revoloteaba, parecida a dos pétalos que un soplido habría arrancado, rozó mi mano y dejó allí un poco de polvo muy fino.

–Mariposa blanca, – le dije yo (el recuerdo del romance me inducía a esas conversaciones con los frágiles animalillos alados), mariposa blanca, no te des prisa en huir; pero, más bien pósate sobre esta hoja, – una flor ocuparía demasiado, – y responde a una pregunta que siempre he tenido ganas de hacerte a ti o a una de las tuyas.

La mariposa se posó sobre la hoja.

–Escucho – dijo.

–Enamorada frívola de las rosas y las flores de lis, – dije yo – este ligero polvo que tus alas sacuden mientras revoloteas de un cáliz a otro, y que seguramente da a los perfumistas la idea de vagas fragancias, ¿de dónde procede? dímelo. Vosotras, mariposas, tenéis las únicas alas de donde cae, como de una borla, una blancura espolvoreada.

La mariposa dijo:

–¡Curioso!

Pero, como era por ocio, no desdeño instruirme; creo realmente que se sabrían muchas cosas que no están en los libros y que los sabios ignoran, si se charlase más frecuentemente con los insectos del bosque y del campo, hormigas, escarabajos, cigarras, cochinillas.

II

Cuando nació Eva con los cabellos pelirrojos, a los dieciséis años, en el milagroso Edén hormigueante de vida y de juventud, ella permaneció extasiada ante tanta magnificencia; pero ninguna envidia la mordía el corazón. Antes incluso de ser mirada en el espejo de alguna fuente, ya estaba rodeada; y, desde que hubo mirado en el arroyo su imagen, se compadeció de los seres y las cosas. ¡Sí, la melena del león, en su flamígera sacudida, era soberbio en la claridad, pero la cabellera de Eva, largamente desplegada, resplandecía más luminosa! Era posible que el cielo fuese azul, pero sus ojos se azulaban más exquisitamente. ¿Por qué iba a estar celosa del cisne, teniendo ese cuello y esos brazos hechos de nieve viva, por qué de las lianas, manteniendo unos abrazos más traidores y más lentos, por qué de la frondosidad de los olorosos bosques sabiendo que ella reservaba en el misterio de su cuerpo profundidades más tupidas y más perfumadas? Enorgullecida, consideraba la naturaleza nueva diciendo: «Sin duda, esto esta muy bien; ¿pero qué? ¿no es más que eso?» Y el juego al que se dedicaba, era, sentada en un árbol, a besar riendo las uñas de sus dedos finos.

Pero un día vio una Rosa.

III

La Rosa estaba allí, ante ella, apenas rosa, ¡casi blanca en su gracia triunfal! ¡Se abría y brillaba como una flor que fuese una estrella! ¡Estaba radiante y viva como una estrella que fuese una mujer! Un tigre que pasaba lloró de ternura observándola.

Entonces Eva se sintió turbada. Comprendió que tenía una rival parar toda la eternidad. Por bella que fuese, la Rosa no era menos bella que ella. Perfume contra perfume, sonrisa contra sonrisa, carne de flor contra carne de mujer, habría hasta el fin de los días una lucha sin cuartel. En vano los poetas enamorados, tratarían de probar a sus amantes la derrota de la flor soberana en entusiastas madrigales; Eva no se hacía ilusiones: la Rosa siempre la desafiaría, magnífica y victoriosa; sería la eterna humillación de la mujer ser comparada con su rival desplegada.

Una tristeza de la que no se podría hacer una idea, se apoderó de aquella a quien se sometían todas las demás cosas creadas, a quién se resistía únicamente una flor. Ya no le gustaba mirarse en la claridad de la fuentes, en observar los cisnes jugar, menos blancos que ella sobre el azul celeste de los lagos; acostada cerca del esposo, soñaba amargamente noches enteras, con los puños en los dientes bajo la indiferencia de las estrellas, y permanecía largas horas sentada bajo un árbol sin besar la uña rosada y fina de su dedo meñique.

Tanto fue así, que por fin decidió destruir la flor que le disputaba el triunfo de ser la incomparable belleza. ¡Eh! sin duda, ella lo sabía, una rosa muerta no significaba la desaparición de todas las rosas; ellas renacerían cada primavera, cada verano, las demasiado bellas, para vergüenza de las bocas menos rojas. Pero al menos, Eva habría vengado la primera ofensa; no habría tolerado, sin revancha, la victoria de una rival. Pensó en primer lugar en destrozar a la enemiga, morderla, pisotearla en el camino entre los gujarros, arrojarla a continuación despedazada al viento furioso que pasa. Una vez ella había visto un buitre capturar una alondra; ¡así hubiese ella querido tomar la Rosa! sin embargo se decidió por otro suplicio. Con hierbas secas, levantó sobre la arena una pequeña pira, la encendió dejando caer en ella una luciérnaga, y cuando las hierbas estuvieron envueltas en llamas, cogió la flor y la arrojó al incendio. ¡Oh! ¡cómo se

estremecieron los frágiles pétalos y se encogieron con crepitaciones lastimeras! ¡Qué triste y cruel fue ver quemados esos perfumes, esa vida, todo ese encanto! Al final no quedó nada sobre el ligero brasero exceptuando un poco de blanco polvo, – eran las cenizas de la Rosa – y la mujer ya feroz, estaba contenta.

IV

Pero la desesperación fue grande entre las mariposas del Edén. Ellas amaban la Rosa que odiaba la Mujer. ¿Cómo? ¿Ya no estaba? ¿ya no se posarían más, estremecidas y radiantes, sobre el temblor de sus pétalos, no rozarían mas, extendiendo sus alas, el misterio embalsamado de su corazón? Mientras se perpetraba la acción fatal, ellas habían revoloteado, perdidamente, en torno a la hoguera inmisericorde; Eva ni siquiera las vio, contemplando como estaba su venganza. Ahora ella se alejaba triunfal, y las mariposas miraban sobre el pequeño montón de hierbas apagadas, los restos pálidos de la bien amada.

Al menos, conservarían de ella todo lo que pudiesen tomar.

Muy numerosas, en tumulto, juntas o una tras otra, se arrojaron sobre las preciosas reliquias, y rodaron, se envolvieron...– Y el fino polvo volátil que desde ese día esparcen las alas de las mariposas, son las cenizas de la Rosa.

EL VALOR RECOMPENSADO

I

La pequeña Acidalia, que era la hija de un leñador, había escuchado decir que la felicidad existe; pero no sabía del todo en que lugar se encontraba; con seguridad no sería en los senderos del bosque salvaje que ella frecuentaba a menudo en compañía de su padre, con la espalda doblegada bajo gavillas de espinos y los pies descalzos en las zarzas o las piedras; y tampoco sabía de que estaba hecha, aunque un secreto instinto le aconsejaba creer que tenía el aspecto y las maneras de un joven apuesto con mirada orgullosa, sonrisa dulce y vestido como un hijo de príncipe, de satén rosa o azul con brocados de oro o plata. Y una mañana de verano, cuando estaba sentado al borde de un camino en el bosque, se preguntaba: «¿Estoy destinada a no conocer nunca la felicidad? Sin embargo he cumplido dieciséis años el mes pasado; si tarda todavía en dejarse ver, no me querrá porque seré una vieja. » Y se lamentaba con tanto dolor que los guijarros del camino se hubiesen conmovido; lo que es algo bastante raro, pues los guijarros por lo común son poco compasivos, estando más bien inclinados al mal humor a causa de que siempre se les pisa sin que les sea posible quejarse. Y la pequeña Acidalia no cesaba de lamentarse. Felizmente para ella, no lejos de allí, se encontraba un hada buena presidiendo los esponsales de una libélula con una luciérnaga. Cuando la ceremonia hubo acabado, se volvió hacia la hija del leñador, y le dijo: «Vamos pequeña, no te desesperes de tu suerte. La felicidad suele estar próxima cuando se la supone muy alejada. Mira solamente al otro lado del camino. ¿Ves a ese joven cazador que duerme sonriendo bajo un gran rosal abierto? Es el sobrino del rey; aunque no te haya visto nunca, sueña contigo en su sueño. Atraviesa el camino, ve aprisa, siéntate a su lado. Cuando despierte, te rodeará el cuello con sus brazos y te conducirá a su palacio donde serás la más feliz de las princesas.» Dicho esto, la buena hada desapareció. Por lo que respecta a Acidalia, ésta no se movió al principio, tal era su estado de sorpresa. No, no, ella nunca hubiese creído que pudiese existir sobre la tierra algo tan hermoso como el joven cazador dormido bajo las ramas floridas. Con la idea de que él la abrazaría, de que la llevaría con él, se sintió desfallecer de alegría. Pero no perdió mucho tiempo en esas agradables ideas, y, recogiendo su falda de algodón para correr mas aprisa, tomó impulso hacia la felicidad que la esperaba al otro lado del camino.

II

Por desgracia en ese bosque, no solamente vivían hadas buenas, sino que también las había malas. Se parecía un poco a la vida, donde el mal está al lado del bien. Un hada malvada, pues, que estaba presidiendo el divorcio de una mariposa con su esposo, se volvió hacia la muchachita y la detuvo con un gesto imperioso: «No hay que esperar, dijo con un aire muy enfurruñado, que las cosas sean tan fáciles. ¿Cómo? ¿Bastaría hacer algunas para alcanzar la felicidad? ¡He aquí lo que sería nuevo y curioso! ¡Pero, entonces no habría nada más dulce que el destino de los hombres y las mujeres! Yo no pienso que deba ser de ese modo. En cuanto a ti, pequeña, debes saber que no has llegado al final de tus lamentos; no es hoy ni mañana cuando serás la más feliz de las princesas en el palacio del sobrino del rey.

–¡Oh! señora, ¿por qué sois tan malvada? ¿Qué disgusto puede causaros la felicidad de una pobre muchacha como yo? Pero nada tengo que temer de vos, puesto que el hada buena me ha dicho que atravesase el camino y ningún poder podría impedirme hacerlo.

–Es cierto que un hada no puede actuar contra la voluntad de otra hada. Pero la que te protege ha omitido, en la prisa de su misericordia, precisar el modo con el que pasarás al otro lado del camino. Vamos, espabilate, corre si puedes, pero mira allá en lo alto, muy alto, esa telaraña, temblorosa, ligera, casi invisible, que va de un roble a un olmo; sobre ella tendrás que caminar para atravesar el camino.

Y cuando hubo dicho esto, la mala hada desapareció, no sin emitir una carcajada que espantó a los residentes de los nidos del bosque; incluso el trino de una curruca de cabeza negra, se silenció de súbito, como cesa de oírse el borboteo de una fuente en la que de repente se helase su agua.

III

Al principio Acidalia no quiso creer en su infortunio. Tomó impulso. Vana tentativa. Un poder misterioso la mantenía a este lado del camino. Imposible dar un paso hacia delante; no podía incluso tender los brazos hacia la dicha que sonreía dormida, tan cerca, bajo una mata de rosas. Entonces se puso a llorar. ¿Cómo? ¿Era posible? ¿Era cierto? ¿Ella no se sentaría al lado del cazador cuando éste despertase? ¿No la conduciría, para hacerla su esposa, al magnífico palacio del rey?

Levantó sus ojos anegados en lágrimas hacia la telaraña que iba de la cima del roble a la más alta rama del olmo. Lamentablemente tan fina, tan delicada, siempre presta a levantar el vuelo bajo la brisa. Un reyezuelo, con un golpe de ala, la hubiese roto; habría necesitado ser una mariposa bien ligera para posarse sin romperla. Si Acidalia, tras haber escalado al árbol, se confiaba apenas con la punta del pie a esa nada vibrante, caería sobre las piedras y rompería sus huesos; se la encontraría allí muerta y ensangrentada. Pues bien, no importa, a pesar del óbito asegurado, ella intentaría la única vía posible hacia la felicidad tan cercana y tan lejana. Sí, pequeña, frágil, a menudo llorosa a causa de una picadura de abeja, ¡tendría el coraje de desafiar a la dolorosa muerte!

Trepó al roble y alcanzó de rama en rama la cima abigarrada de hojas, se inclinó hacia la telaraña... ¡Oh! ¡Qué miedo tenía! ¡Cómo temblaba! Pero no dudó más que un instante. « Oh tú que duermes, con la sonrisa en los labios, bajo las rosas! apuesto joven, ¡querida felicidad! ¡Adiós, adiós! – dijo ella. No te conozco en absoluto y muero por tu amor. ¡Adiós! Trataré de no gritar al caer por miedo a que te asustes; puede ocurrir que el ruido de mi caída sea lo bastante ligero para no despertarte del sueño en el que piensas en mi» Luego, con decisión, avanzó; y sin duda pensáis que cayó en el abismo hacia las piedras a través del aire. De ningún modo.

Antes de haber tocado la frágil blancura oscilante, ella se transformó,— gracias al hada buena sin duda, y esa fue la digna recompensa de su valentía, — en la más pequeña de las cochinillas, que, muy aprisa, con sus patas menudas, corrió a lo largo de la telaraña de la cima del roble a la más alta rama del olmo. Pero, después de la travesía, volvió a convertirse en muchacha, se sentó al lado del cazador bajo el rosal y el sobrino del rey le rodeó el cuello con sus brazos diciendo: «¡Sois más bonita aún que en mi sueño! ¿Queréis, pequeña leñadora, ser princesa en mi palacio? »

Pues — así como ronroneaba la rueca de vieja — fue en vano que los celosos poderes nos quieran privar de las dichas que nos son debidas; si se tiene sufi enciete coraje para merecer el apoyo de las buenas hadas, jamás se deja de alcanzar la felicidad que espera al otro lado del camino.

LOS VANOS NOVIAZGOS

I

Sucedió en uno de los primeros abrils de una de mis antiguas vidas, en medio de una pradera alfombrada de flores a la que atravesaba un camino de hierbas pisoteadas.

Vi venir hacia mí a una niña rosada y rubia y comprendí enseguida que nunca, por mucho que viviese, podría amar a otra. Lo que era extraño y encantador es que no se parecía a ninguna de las jóvenes que había conocido anteriormente; pero ella era completamente idéntica a la que veía noche y día en mis sueños de adolescente.

Iba, venía, se detenía, volvía a retomar la marcha entre la llanura florida; eran como zigzags de abeja. Alguna vez se bajaba, metía sus manos bajo la hierba; era evidente que hacía un ramo de margaritas y botones de oro.

Pero yo fingí confundirme con sus gestos y me acerqué a ella:

– ¿Será esto lo que habéis perdido y que buscáis, oh joven señorita que os paseáis por los campos?

Al mismo tiempo le ofrecía una sortija de plata fina que había sacado de mi dedo; se lo había encargado el mes pasado al joyero de la corte, para la novia que yo no podía dejar de tener pronto.

Imaginad mi sorpresa cuando ella respondió:

– Precisamente, señor, yo buscaba ese anillo.

Y, tomándolo con un movimiento más vivo que un batir de ala de golondrina, lo puso en dedo anular de su mano izquierda, luego se escapó, corriendo, brincando y desapareció a lo lejos, detrás de las plantaciones de sauces. Yo había quedado solo en el campo. Habría creído que había sido un sueño si no hubiese quedado en el aire un perfume de joven cabellera, y si, en torno a mí, las florecillas que ella había tocado no hubiesen olido más deliciosamente que unos recipientes donde se hubiesen puesto nardos, ámbar e iris.

II

Como en esa época yo era un joven príncipe de un magnífico reino, hice proclamar con sonos de clarín, mediante heraldos vestidos de rojo y verde como loros de Brasil, que mi corazón y mi trono pertenecerían sin dudar a la que me trajese la sortija de plata fina. Imaginad que conmoción se produjo en todo el país; no hubo suficientes plazas en

los albergues para las jóvenes que, desde ciudades y pueblos, montañas y valles, se dirigieron a mi capital, atraídas por la esperanza de ser reina. Unas eran hijas de noble cuna, ilustres y pomposas, vestidas de sedas amarillas o terciopelos nacarados, tumbadas en literas que portaban negros africanos; otras eran hijas de burgueses, más sencillamente vestidas, y venidas para la oportunidad; se veían en unas carretillas grandes sacos llenos de escudos; esperaban complacerme mediante esta ofrenda de riquezas, pues nadie ignoraba que yo había dilapidado odiosamente las finanzas del Estado para poner espolones de oro a mis gallos de pelea y collares de perlas a las tórtolas de mi palomar. También llegaron mendigas, que caminaban con los pies descalzos. El ministro al que incumbía la misión de descubrir los robos y perseguir a los ladrones, – yo había nombrado en ese puesto a un anciano ciego, sordo y mudo de nacimiento, y baldado en todos sus miembros, pues también es necesario que los delincuentes vivan y puedan comprar trajes de seda a las bellas muchachas que aman! – a punto estuvo de percatarse de los robos acaecidos en las joyerías; todas las sortijas fueron sustraídas en todas las tiendas de los orfebres, de tal modo mis súbditas, incluso las que tenían los dedos desnudos, ardían de celo en complacerme. Pero entre tantas sortijas, yo no encontraba la de plata fina que había dado a la novia desaparecida, y, entre tantas hermosas personas, hijas de marqueses o de mercaderes, calzadas con zapatitos de oro o con el polvo de los caminos, no reconocí a la niña rosada y rubia que había encontrado una mañana de abril en medio de la pradera cubierta de flores por la que atraviesa un camino de hierbas pisoteadas.

Lleno de dolor, entregué la corona a uno de mis parientes que siempre la había deseado; muy probablemente no hubiese tardado en asesinarme para ponerse en mi lugar; vestido como los vagabundos de los caminos, con un bastón en la mano, me dispuse a recorrer mundo buscando a mi novia.

Sería demasiado largo describir todos los países por los que pasé. Me senté sobre la nieve y dormí sobre las flores. Vi mares más amplios y más azules que el cielo, arenales infinitos, tan dorados y luminosos que se les hubiese dicho hechos de polvo de estrellas. Pero ni en el pálido Norte, ni en los oasis donde las muchachas charlan alrededor de los pozos con el cuenco de arcilla a la espalda, me fue dado volver a ver a la niña del prado florido que conservaba en su dedo anular mi sortija de plata fina. De modo que una noche, transcurridos varios días y varias noches, después de muchos años, viejo ya, con el corazón desesperado y la cabeza baja, – un cabeza de cabellos grises bajo mi gran sombrero de mendigo, – caí sobre una piedra al girar en un camino, y me lamentaba en estos términos: «¡Es cierto que no te encontraré nunca, a ti que te hubiese amado sola, a ti a la que solo amo! ¡Ah! ¡Cuántas hermosas mujeres de mirada dulce y boca tierna sonríen al beso y no lo rechazan! Pero es del deseo de tus labios por quién yo languidezco amargamente! Yo soy la abeja de una sola rosa, y la mariposa de una única flor de lis. Por desgracia, ese lis y esa rosa me han sido negados y estoy, en los jardines llenos de flores, como en los jardines donde no hubiese flores.» Y, durante toda la velada me lamentaba de ese modo en un recodo del camino.

Detrás de una mata de briznas de hierba salió una muy pequeña hada que me dijo:

–¡Eh! pobre hombre, no es sobre la tierra donde se encuentra a la que es idéntica a la quimera del mes de abril. Pero consuélate, algún día la verás, más deliciosa aún que el día que se te apareció. Vendrá hacia ti con la dulzura de un sueño que camina y besarás en su dedo el querido anillo de los noviazgos.

–¿Dónde me será ofrecida esa felicidad?

–En el Paraíso – dijo el hada.

–¿Y cuando podré entrar en ese Paraíso?

–Cuando mueras – dijo ella.

Exclamé que no deseaba otra cosa que morir, y cuanto más pronto mejor. Ella iba a buscar, entre la maleza, un pequeño cáliz pálido que contenía una gota de rocío.

–Bebe esta perla – dijo ella; – como es un veneno muy poderoso, morirás enseguida.

Bebí la perla y morí, y me desperté –¡qué corta es la muerte!– en una tierra tan deliciosa que jamás había visto nada parecido.

III

En nubes de oro fluido y llamas, entre pálido vapores azulados que se arrastraban por el aire como caricias sedosas, unos ángeles esposos, dos a dos, con las manos unidas, pasaban ante mí, y tenían un aire tan feliz que yo desfallecía de embriaguez pensando que pronto su dicha sería la mía. Pues el hada, ciertamente, – la pequeña hada de la mata de hierbas, – no me había engañado. Rosada y rubia, vería venir a la niña de la pradera florida, con la sortija de plata en el dedo, y estaríamos juntos, corazones alados, en las delicias de la eternidad.

Esperaba pero ella no aparecía aún.

Ví el magnífico cortejo, donde brillaban vestidos de jacinto y púrpura, dirigirse, muy lejos, en humaredas de luz hacia un edificio que parecía una iglesia de diamantes. Adiviné que allí se iba a celebrar alguna ceremonia nupcial, y aspiraba con una estremecedora impaciencia la hora de mis celestiales bodas.

Pero mi novia no se mostraba. Sin embargo no me inquietaba en exceso. Las hadas no mienten. No se trataba más que de un retraso. Sin duda mi prometida, un poco coqueta, acababa de anudar a su cuello alguna nube de aurora o de ajustarse a la frente una corona de estrellas. No era posible que solo yo quedase sin esposa en el inmenso himeneo del cielo.

Y pregunté a una pareja angélica que iba a unirse al cortejo nupcial:

–¿Qué sucede? ¿Es que la joven a quién di mi sortija de plata fina, todavía no ha llegado al Paraíso?

Ellos me miraron con un aire de compasión, como si tuviesen piedad.

–Por desgracia sí, pobre hombre, ella ha llegado, pero tú no la verás venir hacia ti, rosada y rubia, como en el prado florido, pues Nuestro Señor Dios la ha encontrado tan bonita que la ha tomado para él, y es ella quién se casa, allí, ¡en la iglesia de diamantes!

EL MALVADO TRANSEUNTE

I

El tribunal diabólico acaba de efectuar su entrada en la sala.

Pero a falta de informarse con una cierta diligencia, se han contado tantas mentiras sobre el modo en el que las Almas son juzgadas tras su huida fuera de los cuerpos, que no parecerá inútil dar algunas informaciones precisas sobre este misterioso proceder.

En primer lugar hay que descartar la descabellada idea – demasiado admitida generalmente, como muchos otros errores – que Dios se toma la molestia de interrogar él mismo a los espíritus recientemente llegados a nuestro mundo. ¡Tiene otras preocupaciones! Ocupado en arreglar los movimientos de las esferas, en respirar los perfumes que emanan hacia él desde las constelaciones, – ¡pues cada estrella es un incensario de oro!– en escuchar los conciertos seráficos, de los que ha hecho, durante la eternidad, una agradable costumbre, comprended que él no se preocupe de perder el tiempo en absolver o condenar a las personas despojadas de sus envoltorios terrenales. Es más, demuestra poco interés en sus faltas. Todos se declaran inocentes con una energía vehemente para inspirar la duda. Las jóvenes mujeres que,– según el acta de acusación, – pasaron cinco o seis noches de cada siete en camas en las que no las había llamado el deber conyugal, pretenden que toda su vida nocturna fue empleada en escuchar, incluso en admirar el ronquido de sus esposos; viejos maridos juran, con grandes juramentos, que siempre han omitido pellizcar, en la penumbra de los pasillos, los riñones regordetes de las camareras; otros maridos, más jóvenes aún, se creen en disposición de afirmar que nunca regresaron un poco achispados, después de medianoche, con el polvo de arroz en el cuello de sus chalecos: ¡ah! si todavía tuviesen esos chalecos se vería muy bien que todavía hay polvo de arroz encima! En cuanto a los ladrones, éstos dicen: «¡A mi que me registren!» no dejan señales, puesto que no tienen bolsillos. Empleados infieles cuentan con ingenuidad que, lejos de haber tomado, en ningún caso, la más pequeña suma en la caja de sus patrones, ellos, por el contrario, la incrementaban cada mañana, en previsión de difíciles desembolsos, con las pequeñas sumas que ellos ganaban, antes de la hora de apertura del negocio, picando piedra en la carretera. En cierta ocasión, un feroz y cobarde asesino, – mientras pasaba una de las once mil vírgenes que había descendido de la Vía Láctea para ir a buscar una perla de su collar caído en una oreja de la Osa Mayor, – murmuró viendo la gran flor de lis que ella tenía en la mano: «¡Me parezco a esa flor!» En verdad, no se podría pedir a Dios escuchar tales sonsonetes; y estaría mal reprenderle por haberse hecho suplir en su función de juez. ¡A partir de entonces es en los infiernos donde se reúne el supremo tribunal!; pero no creáis que están sentados Minos, Eaque y Rhadamante; esos son ya nombres olvidados; hace tiempo que la Constitución divina e infernal ha sido revisada a consecuencia de circunstancias que todavía están presentes en el espíritu de la mayoría de las personas. No, los jueces en este momento son elegidos, según las ocasiones, entre los condenados más competentes, donde el Señor, por la circunstancias, y según el juicio, pone un poco de su equidad. Si se trata de juzgar la falta de una dama que cometió el error de no conformarse, a precio de sus noches, con el recuerdo de los besos, Laís; ilustre en Coritno, y Rhodope, famosa en Menfis, – sin omitir a Blanche de Antigny, que fue triunfal en París, – son llamadas a enfundarse la roja toga justiciera, – pero, debajo, pueden estar desnudas – y dar su opinión sobre el caso que se presenta. Es por mediación de Cartouche, de Mandrin y también por el gran Colle, – bajo la presidencia honoraria de Fal-va-Zou, que desvalijaba en los bosques de la India a los viajeros, y de Kakos, hijo de Hephastitos, pavor de las rutas italianas, – por quienes son

interrogados los carteristas y los ladrones. Si se duda en admitir en el Paraíso a poetas que cantaron con demasiadas vehementes ternuras el pecho en flor de las pastoras y de bellas cortesanas, se les hace comparecer ante Théocritos, o Moschos, o ante el divino Amarou, a quien, por haber pasado por los cuerpos de cien mujeres, le había quedado tales perfumes en los cabellos y en los labios que se decía, cuando se paseaba bajo una ventana: «¡Cómo! ¿Ya es primavera?» Este modo de hacer juzgar a los criminales por sus iguales produce los mejores resultados; es cierto que, a menudo, estos magistrados, que han sido culpables, se ven inclinado a severidades extremas – pues son las viejas impuras las perores mojigatas, – pero, para evitar la gran frecuencia de las penas severas, Dios no deja de enviar a los infiernos, los días de juicio, a un arcángel de corazón tierno y dotado de una cierta facilidad de elocuencia, que se encarga de representar la divina clemencia.

II

Ese día se encontraban sentados tras el estrado de los jueces, Avinain, Papavoine y el pálido Lacenaire; pues se trataba de interrogar, y, sin duda, de enviar a los peores baños del Averno, a un hombre y a una mujer que se habían declarado culpables de un espantoso asesinato.

Se introdujo a los acusados.

Aunque en realidad hubiesen sido despojados de su carne mortal, conservaban la apariencia, según era costumbre; y nada era más desagradable que ver a esos dos seres.

Viejos, muy viejos, con los caballos sucios y grises, la nariz salpicada de rojas verrugas, los labios colgando, incluso fueron objeto de horror entre la diabólica asamblea que está muy acostumbrada, sin embargo, a observar esas fealdades; y, como eran jorobados por delante y por detrás, cojos, tuertos, él del ojo izquierdo y ella del ojo derecho, se adivinaba que en los días de su adolescencia, también habían sido feos a más no poder. ¡Ah! ¡qué viles jóvenes habían debido ser por los caminos, en los linderos de los bosques, en los claros, para espanto de las abejas y pavor de las mariposas!

¿Pero de qué estaban acusados? de haber golpeado, martirizado y asesinado a un granjero que pasaba por el camino; y de haberse encarnizado sobre el cadáver con un ensañamiento de animales rabiosos; no era cierto que no lo hubiesen devorado a dentelladas, aquí y allá, desgarrando algunos trozos de su víctima. El granjero, naturalmente, constituía la acusación civil y esperaba una considerable indemnización: tres o cuatro mil años de purgatorio a deducir de la pena a la que él había sido condenado por diversas malas acciones cuya enumeración no tendría nada que ver con esta historia.

El viejo y la vieja, odiosos, confesaban su crimen. Sin embargo, muy humildes y temblorosos, hicieron una señal para indicar que tenían algo que alegar en su defensa.

–¿Qué atenuante? – dijo Avinain

–¿Qué excusa podrían invocar? – dijo Papavoine.

–¡La causa está clara!– dijo Lacenaire.

Pero el ángel del Señor, mensajero de la clemencia, extendió la mano.

–Creo que hay que escuchar lo que quieran decirnos.

III

Fue el anciano el que habló.

–Cuando Madeleine y yo nos encontramos por primera vez, hace setenta años, una mañana de abril, detrás del macizo de árboles que hay bajo la colina, quedamos deslumbrados de lo hermosa muchacha que era ella y de lo apuesto que yo era.

Se produjo un vivo asombro en la asamblea y unas grandes ganas de reír, pues era evidente, que, incluso jóvenes, esos dos miserables habían sido el horror y la fealdad en esencia pura.

Pero el ángel dijo:

–¡Silencio! ¡Escuchad!

El viejo continuó:

–No, nunca había visto algo tan rosa como la rosa de su boca ni algo tan azul como el azul de sus ojos; y además, ella me ha confesado a menudo que mirándome ese día, había creído ver en mí a un hombre diferente de todos los hombres, ¡más guapo que los demás! Regresamos juntos al pueblo y nos casamos al mes siguiente. Lo que sería imposible de expresar es la felicidad que tuvimos. La idea de que nos poseíamos, y que nos poseeríamos para siempre, nos colmaba de tal dicha que casi obteníamos tanto placer en esperar los besos que en dárnoslos. Éramos conscientes de que nuestra felicidad provocaba celos. Venían a reírse alrededor de nuestra caballa, a arrojarnos piedras a los cristales, y cuando los domingos íbamos a la iglesia, escuchábamos burlas detrás de nosotros. Pero el desprecio de la gente nos daba igual. Mi esposa me decía: «Están furiosos porque me he casado con el muchacho más guapo del país!» Yo le decía: «Lo que les encoleriza es que he tomado por esposa a la mujer más bella del mundo.» Y nos deteníamos detrás de los árboles para abrazarnos.

–Esos son hechos –dijo Lacenaire, – absolutamente ajenos a la causa.

El ángel dijo:

–Escuchemos.

IV

El viejo siguió:

–Lo que resultaba extraordinario era que a pesar del paso de los días, no dejábamos de ser jóvenes y guapos. Los demás envejecían. Nosotros nos conservábamos sonrodados y frescos como flores húmedas de rocío. Contando con mis dedos, me veía obligado a reconocer que ya no teníamos la edad de antes. ¡Cuarenta años! luego cincuenta, cincuenta y cinco, sesenta, más aún. Pero Madeleine conservaba aún toda la primavera en el color rosa de sus labios y en el azul de sus ojos, y yo veía, en la luminosidad de su mirada, cuando ésta me abarcaba que yo no había dejado de ser el más apuesto de todos los hombres. Por lo demás, – prosiguió el viejo asesino, – observadnos, señores jueces. ¿No es cierto que no se podría ver nada tan encantador como nosotros? ¡Ah! ¡Qué hermosa es mi esposa! Pero no la miréis demasiado tiempo, os lo ruego, pues podríais enamoraros de ella y yo estaría celoso.

Tras haber mordido sus labios para no estallar en carcajadas, – pues él conservaba el sentimiento de su dignidad de juez, – Lacenaire interrumpió.

–Repito que toda esta historia no tiene ninguna relación con el asesinato...

–¡Escuchemos sin embargo! – dijo el ángel.

V

El anciano prosiguió:

–Con respecto al asesinato del granjero en el camino, yo os pido perdón, señor. Un día en el que mi esposa y yo tomábamos el fresco ante la puerta, vimos pasar un

transeúnte que parecía estar un poco achispado, perdonando la expresión. Pero pronto dejamos de preocuparnos de él. Nos miramos, hablamos, nos besamos en la boca. Nunca mi esposa, con sus cabellos rubios y su boca florida, me había parecido tan deseable, y ella me estrechaba con una pasión tan tierna que mi corazón desfallecía de embriaguez, y murmuraba cerca de mi oído. «¡Oh! ¡Qué guapo eres, amor mío!» De pronto oímos una gran carcajada. El transeúnte se había detenido y reía hasta retorcerse, mirándonos. «¡Oh! ¡oh! la horrible vieja!» Podéis adivinar mi cólera. »«¡Oh! ¡oh! el horrible viejo» Madeleine emitió un grito de rabia. Pero el hombre seguía riendo: «¡No! ¡no! ¡jamás he visto semejantes monstruos! son espantosos con sus sucios cabellos grises y sus narices llenas de verrugas rojas, y sus pálidas bocas colgando!» ¡Señores jueces! escuchando tales mentiras no fuimos dueños de nosotros mismos, y asesinamos sobre el camino al loco que no veía lo jóvenes y bellos que éramos.

–El crimen se ha perpetrado! ¡Al baño del Averno! – exclamó Lacenaire.

Avinain dijo:

–Sí, desde luego, que se les sumerja en el peor de los baños.

Y Papavoine aprobó la sentencia de sus colegas.

Pero el ángel dijo a los viejos esposos:

–Subid al paraíso, dulces almas, hacia el paraíso ¡donde os volveréis tal como pensáis ser! Y habéis hecho bien asesinando al despreciable hombre sobre el camino, al malvado transeúnte que a punto estuvo de matar en vosotros lo que es más precioso que la vida: ¡la ilusión del amor y de la belleza!

EL EMPERADOR Y LAS MARIPOSAS

I

La quimérica tierra donde nuestros sueños hacen novillos estaba gobernada hace mucho tiempo por un joven emperador a la vez cruel y encantador, amable y siniestro, simpático y feroz. La bonita originalidad de sus caprichos llegaba hasta los límites de la barbarie, y más allá. Un día que se hartó de la blancura de las flores de lis, hizo matar con cuchillos de oro a muchas jóvenes mujeres en el parterre de su jardín, a fin de besar flores de lis rosas. Como le gustaba admirar la claridad titilante de las estrellas, una noche arrancó con sus propias uñas los queridos ojos de su amante favorita porque le impedían ver la deslumbrante belleza de los astros. Imaginaba las más delicadas enormidades. Para ir a la guerra tuvo un ejército innumerable de pequeñas muchachas rubias, muy bien disciplinadas, que atacaban sin debilidad a los más rudos soldados y los violaban después de la victoria con dulzura; los padres y las madres de esas niñas vieron con una penosa sorpresa su reclutamiento para semejante servicio militar. La originalidad de su despotismo implicaba cada día nuevas exigencias, enardeciendo de cólera cada vez más el corazón de sus súbditos. Por lo que se refería a sus súbditas, por duros maltratos que él les infligiese, y contra todo pronóstico, éste no les resultaba del todo desagradable a causa de una costumbre que tenía: dos veces cada verano (todos los hombres del país recibían la orden de mantenerse encerrados en sus casas), él se bañaba, completamente desnudo en un recipiente lleno de agua, ante el palacio imperial, bajo las miradas de las mujeres reunidas, ¡y era tan hermoso desnudo que ellas le perdonaban muchas cosas! Pero los padres, los amantes, los maridos se mostraban menos acomodatícios. Cuando estuvieron bien seguros de que su sutil y terrible amo no dejaría jamás de robar sus ahorros para poner bucles de diamantes en los zapatos de sus pajes, de vaciar sus camas en la suya con el indiferente gesto de alguien que se inclina para beber; cuando no les fue ya permitido creer que el emperador volvería a tener sentimientos honestos, comenzaron a pensar que era hora de sacudirse un yugo tan intolerable, y su irritación no conoció límites la mañana de julio en la que un decreto imperial ordenó que todos los habitantes masculinos del imperio, sin distinción de rango ni edad, se dedicarían a cazar mariposas, desde el amanecer hasta la noche, sin descanso, hasta que ya no hubiese ninguna sobre las hayas ni en los campos de alfalfa.

II

Eso ya era demasiado. Cazar a las mariposas, renunciar a las honorables tareas para seguir a través del bosque y las llanuras, – como hacen las chiquillas en el patio del convento, – unas alas frívolas que palpitan y no se posan. ¿Era eso lo que se requería de ellos? Se verían cosas extraordinarias: ¿magistrados abandonar las salas de justicia, banqueros huir de sus mostradores, tenderos salir de sus tiendas, con el único objetivo de hacer prisioneras bajo una red de seda a la mariposa que besa las rosas o que picotea las ortigas? ¿Por quién se les tomaba? Era cierto, habían soportado aventuras muy humillantes; habían tolerado – no podía ser de otro modo – que se les confiscase su dinero, sus esposas, casi también preciosas; habían consentido, con rechinar de dientes bajo sus sonrisas, en vestirse completamente de negro una noche de baile en la corte para que la blancura de las bailarinas desnudas destacase más sobre ese fondo oscuro; pero, en cuanto a lo de cazar mariposas no se resignarían jamás. Un notario, sobre todo, se mostró especialmente rebelde. En una o dos ocasiones se expresó de un modo que habría sido la envidia de los ciudadanos de las repúblicas de la antigüedad. «¡Morir antes que cazar mariposas!» fue la enseña verbal de los rebeldes. Tocó a rebato, y los insurgentes se dirigieron hacia el palacio donde el joven emperador, sin escuchar las vanas protestas, jugaba al ajedrez con una bella cortesana medio desnuda que, cada vez que levantaba el brazo para mover un peón, mostraba la mata dorada de su axila pelirroja. Los ballesteros y los mosqueteros cumplieron valientemente con su deber. Resistieron lo mejor que pudieron el asalto de la multitud burguesa; pero desgraciadamente sucumbieron bajo su número. Incluso el valeroso ejército de las muchachitas rubias no tardó en huir, porque la vista de tantos magistrados y tantos banqueros les resultaba muy desagradable para desear la especie de victoria a la que les obligaba la disciplina; y finalmente se produjo en los vestíbulos y en las escaleras un tumulto de muchedumbre triunfante que se precipita, que destroza puertas. Pero ese estrépito no inmutaba al joven emperador que jugaba al ajedrez sonriendo. Hacía tiempo que había previsto el probable fin de sus goces y caprichos; tenía a su alcance dos medios de sustraerse a la ira del pueblo: en el bolsillo de su traje de seda tenía un frasco lleno de un veneno delicado que mata con bellos sueños y al otro lado de la ventana abierta se encontraba un patio pavimentado de piedras preciosas en el que destrozaría sus miembros y esparciría su sangre sobre rubíes y amatistas. De modo que estaba completamente tranquilo. Pero la cortesana medio desnuda, cayendo a las rodillas de su imperial amante, dijo: «¡Señor! ¡señor! no os dejéis llevar por una peligrosa resistencia. ¡Renunciad a un vano capricho! ¿Qué os importan las mariposas de los jardines y de las praderas? ¿Acaso no tenéis todo lo que puede envidiar el mayor de los deseos? ¿Las mujeres más ardientes, las muchachas más tiernas, no son vuestras? ¿Quién se os ha resistido nunca? ¿Qué boca, desde que vos la quisisteis, no fue un beso bajo vuestros labios? ¡Ceded, una vez solamente! Dejadme decir a esos hombres furiosos que os retractáis del decreto que los irrita, y, como antes, conoceréis, sin peligro ni amargura, los triunfos y las delicias. Señor, ¿por qué odiáis a las mariposas blancas o amarillas que vuelan por parejas bajo los rayos del sol?» El emperador había dejado de sonreír. «¿Por qué las odio? ¡Escucha! », dijo en un rechinar de dientes, mientras que alrededor de ellos aumentaba el amenazante ruido de la turba.

III

« ¡Escucha! El otro día me paseaba por el lindero del bosque florido. Estaba feliz y alegre; la noche anterior, en una fiesta, entre todas las embriagueces que la vista pude deber a la blancura de las carnes y la rojez de los labios, había abrazado y poseído a las

más bellas y orgullosas de entre las mortales. Unas princesas habían venido de países desconocidos para sonreír a mi deseo, a mi desdén tal vez, – princesas, campesinas también, – y a mi me invadía esa alegría de ver a una reina de rodillas, descalzar por placer a mi lasitud, a una joven sirvienta que se sonrojaba. Yo pensaba en esa agradable noche. Jamás había conocido el orgullo de lo todopoderoso. Portaba conmigo, como en un sueño, la certeza de que toda la belleza terrestre me pertenecía a mi solo! Pero vi sobre una mata, una gavanza muy enclenque, en brote aún, que incluso abierta, apenas tendría el aire de estar sana, una pobre flor que duda en nacer, temiendo no ser bonita una vez nacida. De repente experimenté furiosamente la pasión de ver abrirse a esa triste gavanza que nadie hubiese querido. «Florequilla enfermiza de una rama casi muerta, ¡oh! ¡florece para mí, –supliqué; sonríe, pobre pequeña, y más dulce que los demás me resultará el beso de tu frágil boca pálida!» Por desgracia rogaba en vano. En vano también, presa de cólera, daba a esa nadería la orden de abrirse, de abrirse de inmediato. Ella fingía no entenderme. ¡Oh rabia! a la señal de uno de mis chambelanes, tantas esposas y tantas vírgenes habían agrupado ante mi sus rosas blancuras ofrecidas, ¡y esta gavanza se me resistía en su frágil pudor! Pero me estaba reservada una humillación peor. Sí, mientras me quedaba inmóvil y silencioso, estupefacto por esa resistencia a mi capricho, una mariposa blanca se posó sobre la frágil florecilla, ¡y la vi abrirse en un delicioso despliegue de pétalos, bajo la palpitación de las alas! Por eso, ¿comprendes?, he jurado hacer prender y exterminar en todos los jardines y en todos los bosques de mi imperio, a las mariposas insolente...» Pero el joven emperador no tuvo oportunidad de continuar. Las puertas cedían bajo el empuje de la multitud. Iba a ser envuelto, a convertirse en el juguete de los burgueses furiosos. Tras un encogimiento de hombros, se arrojó por la ventana hacia el patio pavimentado de piedras preciosas, donde sus miembros se destrozaron, donde se esparció su sangre sobre los rubíes y las amatistas. Y cayó muy aprisa. Ni siquiera tuvo tiempo de agarrar al paso, –¡oh! con qué alegría la hubiese aplastado,– a la mariposa que revoloteaba allí, precisamente en el aire soleado, una de esas mariposas que las rosas prefieren a los emperadores.

LA SORTIJA ENCANTADA

I

Tres jóvenes príncipes, apuestos y ricos, – uno se llamaba Felibien, el otro Roland y el tercero tenía por nombre Aymeril, – viajaban a caballo por todos los países del mundo, seguidos de una numeroso cortejo de criados y carromatos donde transportaban los equipajes. Encontrándose por azar en una hospedería, habían entablado amistad y ahora hacían juntos el camino. ¿Por qué viajaban? ¿Para estudiar de cerca del poder y las leyes de los diferentes naciones? ¿Para ser más dignos de reinar cuando sus padres, que eran tres poderosos monarcas, descendiesen del trono al sepulcro? Vosotros lo habéis dicho, en efecto. Pero el príncipe Felibien y el príncipe Roland no hacían su largo peregrinar sin un cierto enojo; sus compañeros envidiaban amargamente a Aymeril que siempre se encontraba de buen humor y no dejaba de cantar a lo largo del camino versos que había compuesto para su amiga, o canciones que le había enseñado su nodriza.

En cierta ocasión, estando reunidos los tres, hacia el mediodía, bajo el cenador de un albergue, esperando que se diese de beber a sus caballos, – en algunos instantes, se pondrían en camino hacia una gran ciudad donde querían llegar antes de que cayese la noche,– Félibien dijo:

–Debo pensar, mi querido Aymeril, que estás enamorado de alguna bella persona, pues no estarías tan alegre como siempre estás.

–Me inclino a pensar – añadió Roland, – que los sonetos y las baladas con las que diviertes a los pajarillos de las ramas no son más que tiernas mentiras y que seguramente fueron compuestos al azar, en previsión de un posible amor que todavía no te ha llegado.

Aymeryl sonreía sin responder.

–En cuanto a mí, – continuó Félibien, – me deprimó porque la única a la que amo me espera, a más de mil leguas, en un castillo donde no tiene más placer que la visión de su viejo marido; lo que no parece una distracción suficiente para una mujer joven.

–En cuanto a mí, – dijo Roland – si estoy apenado es a causa de la hija de un emperador, a quien he dado mi palabra y que se asombra, por las mañanas cuando se despierta y viene a asomarse a la ventana de la torre, al no poder encontrar un ramo de flores de lis silvestres que yo tenía por costumbre depositar allí cada noche, escalando de piedra en piedra aún a riesgo de mi vida.

Aymeril continuaba sonriendo y finalmente dijo:

– Seguro que tenéis motivos para lamentaros. Pero estaríais equivocados pensando que yo no estoy tan enamorado como lo estáis vosotros. ¡Ah!, si supierais cuanto adoro a la que amo. Lo único que ocurre es que, partiendo para un largo viaje, he tenido la precaución de no dejarla en su domicilio, torre o castillo y la he traído conmigo.

Los otros dos príncipes replicaron:

– ¿Quieres burlarte de nosotros? ¡Si la tienes contigo habríamos visto a tu amiga! a menos que la tengas oculta en uno de tus baúles, o que esté disfrazada bajo el traje de uno de tus pajes.

–No está oculta en ningún baúl; temía demasiado que estuviese incomoda por los movimientos del carromato en los baches; no se oculta tampoco bajo el traje de un paje porque vestida así se verían sus piernas, de las que soy muy celoso.

–¿Dónde la escondes entonces?

Aymeril dudaba en responder; pero como continuaban interrogándole con mucha insistencia, contestó:

–En el engaste de mi sortija.

II

Podéis imaginar la hilaridad que produjo esta respuesta. Una mujer en el engaste de una sortija era algo imposible de creer. ¿Amaba a una dama o una damisela enorme como un ácaro o colosal como una pulga? Ella debía tener unos cabellos tan largos como el invisible plumón de las flores; y cuando la gigante caminaba, con gran porte, por los senderos del jardín, sin duda tenía mucho miedo a ser pisoteada por las cochinillas que pasan. Aymeril había respondido con franqueza, pero ellos no entendían que todo es posible para el poder de ciertas hadas a las que él había hecho un gran favor, y no cesaban de reír diciendo: «¡Vamos, vamos, eso es una broma compañero!» Tanto insistieron que al final la paciencia se le agotó y decidió –¡fue una imprudencia!– mostrarles lo que se negaban a creer. Levantó su mano izquierda, donde estaba la sortija, abrió con la uña el engaste, y desde que hubo puesto el labio en la estrecha abertura, salió, muy pequeña, apenas visible, una figurita viva que, creciendo, hinchándose, estirándose, de inmediato se convirtió en una joven señorita completamente vestida de seda y oro, ¡la más bella del mundo! y rodeando con sus brazos el cuello de Aymeril, dijo: «¿Qué deseáis, mi querido señor?» La sorpresa de los dos incrédulos príncipes fue tan grande que no se podría expresar, y aumentó todavía más cuando, bajo un soplo de su amigo, la damisela disminuyó, volviendo a menguar y desapareció en el engaste que se cerró sobre si mismo. Pero, por el momento al menos, él no volvió a hablar más de ese prodigio, pues los criados acudieron para advertir que los caballos ya habían bebido bastante y que era hora de ponerse en camino.

III

Incluso cuando hubieron comenzado a cabalgar de nuevo, Félibien y Roland no dirigieron la palabra al príncipe Aymeril. Pero apartados, ambos charlaban en voz baja. Por poco tiempo que se hubiese mostrado la misteriosa habitante del engaste, ellos habían advertido que era muy bonita y seductora en sus ricos atavíos, y serían dignos de piedad si no pudiesen hacer uso de ella a su antojo.

–Sí, pero sería difícil de conseguir – dijo Felibien.

–¡Bueno! ¿Tan poca imaginación tienes? – dijo Roland – ¿Qué habría de malo en introducirse esta noche, cuando se duerma, en la habitación de nuestro compañero y quitarle la sortija del dedo?

–¿Sin despertarle?

–¡Se duerme profundamente tras una larga jornada de viaje! y, cuando tengamos la sortija en nuestro poder, pienso que podríamos levantar el engaste y hacer salir para un beso a la encantadora criatura tan bien vestida y elegante, pues he visto como lo hacía Aymeril.

–¡Oh! el beso no es lo que me preocupa.

Departiendo de este modo decidieron acometer la empresa. ¡Urdieron un complot despreciable! No solamente serían unos felones hacia su amigo, que nunca les había hecho daño, sino que no harían honor a su palabra: Felibien a la dama que lo esperaba en un castillo, a mil leguas de allí, sin otro placer que la visión de un marido de edad avanzada; Roland a la hija del emperador que se lamentaba, apoyada en la ventana de la torre por no encontrar las flores de antaño. Por desgracia, en el mundo no faltan malos príncipes que obedecen a sus deseos sin preocuparse del tormento de los demás; así pues, no había de que sorprenderse. En cuanto a Aymeril, no habiendo escuchado nada, ignorante de lo que se tramaba en su contra, cabalgaba sin inquietud, tanto mirando al azul del cielo o a las nubes, tanto a la sortija cerca de su boca, cantando a media voz una canción para que la pequeña cautiva no se aburriese demasiado en su estrecha prisión.

IV

Hicieron como habían acordado. Cuando todos estuvieron acostados en el albergue elegido para pernoctar, y cuando Félibien y Roland supusieron que su compañero debía estar dormido hacía tiempo ya, se introdujeron sin hacer ruido en la habitación que le había sido reservada a Aymeril. Todo estaba silencioso y oscuro. Apenas se oía el ligero ruido de la respiración del joven dormido. Félibien, que tenía buena vista, ¡vio brillar algo!, debía ser el oro de la sortija. Tanteó con precaución. Sí, la sortija en efecto, en el dedo de una mano que colgaba fuera de la cama. Retiró la joya, lentamente, lentamente. Luego dijo en voz baja: «¡Salgamos! ¡ya está!» Y podéis imaginaros la alegría de los dos traidores cuando estuvieron de regreso en sus aposentos, después del éxito de su empresa, y como observaron, cerca de la vela encendida, el precioso engaste, ¡domicilio de una tan agradable persona! No había más que hacerla salir; Roland se encargó de esta fácil tarea; levantó con la uña la cubierta de oro, puso sus labios en la abertura... ¡De pronto lo invadió un temor! ¿Y si la damisela no estaba en la sortija? ¿Y si durante la noche, Aymeril la liberaba para hacerla dormir a su lado? En su lugar eso es lo que ellos habrían hecho. No habían pensado en ese posible contratiempo. ¿Tal vez habían penetrado subrepticamente en una habitación, manteniendo una conducta de perfectos ladrones, ellos, nobles y príncipes, para nada? Pero enseguida se tranquilizaron. ¡La damisela se encontraba en la sortija! o más bien no se encontraba allí más que a medias, puesto que estaba saliendo. Ellos veían, en la penumbra del apartamento, crecer, alargarse, hincharse las delicadas telas de seda y oro; ¡ah! ¡Qué bonito espectáculo! ya estaban completamente extasiados pensando en los goces que pronto disfrutarían, cuando la encantadora criatura, grande ya, les rodease el cuello con sus brazos, primero a uno, luego al otro, diciendo: «¿Qué deseáis, mi querido señor?» Sintieron en efecto una caricia en sus cuellos, como una manga que se desliza..., ¡pero una manga solamente! No, ¡no había brazo bajo la tela! Y, abrazando el vestido de seda y oro, pudieron comprobar que también estaba vacío. Al mismo tiempo, al otro lado de la pared, se oían ruidos de besos y risas. Imaginad la decepción. ¿Qué había ocurrido? El justo castigo de su traición. Aymeril, cada noche, no dejaba de acostar a su lado, como ellos habían advertido demasiado tarde, a la damisela liberada, Pero entonces, ¿por qué los vestidos saliendo de la sortija? Porque la previsora cautiva, antes del anochecer,

tenía por costumbre desnudarse bajo el engaste, incluso antes de ser llamada, ¡para estar más rápidamente preparada para su apuesto amigo!.

EL INTÉRPRETE DE ZANFONA

I

¡La tarde de la fiesta patronal! Se estaba de parranda en la gran sala del albergue. ¡Caramba! las personas que estaban allí no se privaban de nada. Cocheros, buhoneros y granjeros, sentados ante los manteles blancos devoraban las más sabrosas vituallas, morcillas frescas asadas en brasas de sarmiento, ocas enteras doradas a fuego lento, tripas tres veces cocidas en vino blanco; y ni siquiera se daban cuenta de que comían tanto. En cuanto a pensar que se acabarían los alimentos y las bebidas, a nadie se le podía ocurrir, pues los aves retiradas eran inmediatamente reemplazadas por otras aves y, sin descanso, unos sirvientes, con los brazos desnudos, subían de la bodega cargados con viejas botellas polvorientas. Era realmente un banquete como jamás se había visto, y todos esos hombres sentados a la mesa, gordos, felices, teniendo en sus carteras de cuero con que pagar sus excesos, hacían resaltar la redondez de sus vientres, y añadían a la alegre claridad de la lámparas y de las candelas el resplandor rojo de sus rostros iluminados.

Mientras continuaban comiendo y bebiendo, un joven muchacho, flaco, pálido y bonito como una chiquilla enfermiza, vestido con harapos, sin sombrero y descalzo, entró en el albergue con una zanfona a la espalda. Era sin duda uno de esos músicos errantes que van de pueblo en pueblo, exhibiendo en la plaza principal un mono vestido de general. Pero ese vagabundo parecía más miserable que la mayoría de sus colegas; ¡ni siquiera tenía mono! el suyo había debido morir de hambre o frío en la cuneta de cualquier carretera, cuando la nieve cae sobre los árboles sin flores ni frutos.

–¡Eh! ¿Qué vienes a hacer tú aquí, mendigo? – preguntó el anfitrión.

–Me gustaría que se me sirviese – dijo el joven muchacho, – un ave bien gorda, bien asada, y una botella del mejor vino de la bodega.

El anfitrión prorrumpió en carcajadas.

–¿Tienes dinero para pagar esa comida?

–Lamentablemente no. Nunca he poseído dinero; además si lo tuviese, se habría escapado por los agujeros de mis andrajos.

–¡Vete pues de aquí, desgraciado y que no se te ocurra volver a poner los pies en mi albergue!

El músico bajó la cabeza y salió de la sala. Estaba tan débil, tal vez a causa de un ayuno prolongado, que no pudo arrastrarse hasta el camino. Cayó sobre los peldaños de la escalera y allí permaneció inmóvil. En el albergue nadie se preocupó de él, cuando se

come uno no se preocupa de aquellos que tienen hambre. Sin embargo, algunas personas pegaron sus narices al cristal al ruido de una música. El joven muchacho tocaba la zanfona, y cuando hubo finalizado, los que lo miraban quedaron muy sorprendidos; pues, allí, sobre los escalones del albergue, aunque él no tuviese mesa, ni alimentos, ni bebidas de ninguna clase, hacía los gestos de alguien que come y que bebe, diciendo con voz radiante: «¡Oh! ¡Qué bueno está! ¡oh! la deliciosa miel de la ambrosía! ¡oh! el incomparable néctar!» y se oía el ruido de su lengua golosa golpeando contra el paladar.

II

El rey de ese país había invitado a una fiesta a todos los nobles de los alrededores a fin de que la princesa, su hija, pudiese elegir un marido digno de ella. Los más famosos caballeros, condes, duques, marqueses, no dejaron de asistir a la corte, en gran pompa, pues no había en ningún lugar de la tierra una joven tan bonita como la princesa; el sueño de ser su esposo era el más bello que era posible tener. Podéis imaginaros que resplandeciente era la fiesta en la que se presentaban tantos nobles de buen aspecto, vestidos con los más ricos atavíos y todos engalanados con piedras preciosas. Ahora bien, mientras la hija del rey, sentada en un gran sillón de púrpura y oro, consideraba no sin desdén a todos esos gloriosos pretendientes, ocurrió algo extraño: un pobre muchacho, flaco y pálido, bonito, harapiento, al que nadie había visto entrar, se deslizó entre la deslumbrante multitud y llegó muy cerca del asiento de oro y púrpura. ¡Se produjo un gran escándalo! Unos chambelanes se apresuraron para expulsar a ese intruso.

–¡Eh! ¿Qué vienes a hacer tú aquí, mendigo? – preguntó el rey.

–Quisiera, – dijo el joven – que se me entregase a la princesa en matrimonio.

El rey prorrumpió en carcajadas:

–¿Eres tan noble como conviene serlo para aspirar a tal boda?

–Lamentablemente no. No conocí a mi padre ni a mi madre; fue un hombre que tenía por oficio desvalijar a los viajeros en los bosques quién me encontró una mañana de diciembre, recién nacido, sin ropas y tiritando, sobre un montón de piedras donde me habían abandonado.

–¡Vete de aquí, desgraciado y que no se te ocurra volver a poner los pies en mi palacio!

El muchacho bajó la cabeza y salió de la sala. Pero se alejó muy lentamente, a causa tal vez de su gran amor por la hija del rey; una vez en la terraza, se sentó sobre las losas, entre las palmeras, los naranjos y los grandes cactus en flor. En el palacio no se preocupaban demasiado por él, como os podéis imaginar, cuando se pretende el amor de una ilustre princesa nadie se interesa por un vil rival rechazado. Sin embargo, algunos pequeños pajes, pegaron sus narices al cristal al ruido de una música. El joven muchacho tocaba la zanfona, y, cuando hubo finalizado, aquellos que lo miraban, quedaron muy sorprendidos; pues, sobre la terraza, aunque ninguna muchacha ni ninguna mujer estuviese a su lado, él hacía los gestos de alguien que abraza con delicia a una persona adorada, y decía con desfalleciente voz: «¡Oh! ¡Qué feliz soy!» Y podían oírse los ruidos de besos apasionados.

III

Ahora bien, el relato de estas aventuras y de algunas otras, más o menos similares, no tardó en circular por el país. La mayoría de las personas consideraron que el joven

muchacho estaba loco; otras tuvieron otra idea: la zanfona tal vez era un talismán por medio del cual el músico obtenía la realización de todos sus deseos. ¿Le negaban la comida? no tenía más que tocar la zanfona para que un magnífico festín le fuese servido. ¿Se le denegaba una cama? algunos sonidos del instrumento transformaban en un mullido lecho los guijarros de los caminos o las zarzas de los bosques. ¿No se le daba en matrimonio a la hija del rey de la que estaba enamorado? gracias a un poco de música, se veía rodeado de las más hermosas mujeres y las más famosas princesas que le besaban en la boca. Naturalmente, esta opinión hizo germinar en aquellos que la concibieron el deseo de poseer la todopoderosa zanfona; más de uno se dedicó a seguir al vagabundo, con la esperanza de sorprenderle dormido y sustraerle su talismán. En una ocasión que el joven muchacho dormía, sin desconfianza, sobre la hierba de un claro, tres hombres malvados, un campesino rico, un burgués de la ciudad y un noble de la corte, se deslizaron hasta él llevándose la zanfona. Como podéis imaginar no les faltó tiempo para querer probar el instrumento. « Yo, dijo uno de los ladrones girando la manivela, ¡deseo regalarme un lechón de la India con guarnición de trufas y pistachos! » Pero ninguna mesa servida surgió de la tierra. «Yo, dijo otro, ¡quiero ver levantarse un magnífico castillo con cuatro torres edificadas en mármol rosa!» Pero ningún edificio surgió del suelo. «Yo, dijo el tercero, ¡exijo que las más bellas muchachas del mundo vengan a bailar a mi alrededor mostrando sus brazos y sus senos desnudos!» Pero es probable que las muchachas más bellas del mundo tuviesen en ese momento otras cosas que hacer, pues ni una sola se mostró. Imaginaos el desengaño de los tres malvados ladronzuelos, y lo que lo hizo mayor, fue una gran carcajada repentina detrás de ellos; el joven muchacho se había despertado y los había seguido, burlándose y desternillándose de risa.

–Dadle, dadle, girad la manivela, pasead vuestros dedos sobre el teclado, ¡no servirá de nada!

–¿Cómo? ¿La zanfona no es un talismán?

–¡Claro que sí! ¡un talismán! Pero vosotros no le sacaréis ningún partido, pues su poder depende del aire con el que se toque; y haríais bien en devolvérmela.

–Aprenderemos la música que es necesario tocar.

–Jamás la sabréis, despreciables como sois – dijo el joven de los grandes caminos – pues es la canción ingenua del sueño que solo la saben, sin haberla aprendido, los poetas pobres de corazón puro!

EL CRISTAL NEGRO

I

En la época, ya lejana, en la que el cristal de roca, más negro que la más negra noche, tenía la opacidad del carbón...

Una lectora impaciente no me dejó continuar, y juro que no se puede tolerar una afrenta parecida. ¿Cómo? ¿Esa transparencia luminosa a través de la cual se ven las estrellas, y que deslumbra tan bellamente el oro del tokay o del lacrima-cristi, ¿habría sido antaño algo oscuro, resistente a la claridad? He aquí la imaginación más descabellada del mundo; como os imagináis no creemos ni una palabra.

Nada más cierto sin embargo. Pero, puesto que mi afirmación no era suficiente, aplazaré para algún otro día el cuento que tenía preparado, y contaré en que amable circunstancia el cristal de roca, más negro que el carbón, se volvió claro como el diamante; lo que demostrará que no siempre lo fue.

II

La hija del rey de Ormuz, que era la princesa más bella de la tierra en una época en la que todas las princesas eran bonitas, – la fealdad no se dejaba nunca ver excepto en las chozas de los campesinos o en las casas de los mercaderes; gracias a Dios todo eso ha cambiado, – la hija del rey de Ormuz se paseaba a través del campo, en una tarde de verano con un pequeño paje que le llevaba la cola. Estaba tan magníficamente vestida, de satén amarillo, muselinas doradas y todas las piedras preciosas, que la habríais tomado por un rayo de sol con apariencia de damisela. Pero el pequeño paje no perdía el tiempo admirando los diamantes y las perlas, ni las telas luminosas. Lo que le ocupaba era, bajo el moño de donde se desprendían unos bucles, la nuca un poco rosada de la princesa y los pies finos, calzados de armiño, que él perciba por momentos bajo la falda un poco demasiado levantada. Suspiraba con una tristeza que no hubiese dejado de conmoveros. Pues amaba tan tiernamente como era posible a la hija del rey de Ormuz; y es cruel, agradable también, pero cruel, cuando se tiene el corazón tan prendado, ver un pie del que jamás se verá la pierna, y un cuello con unos pelillos como un musgo de oro, donde tantos besos os vienen a los labios que nunca harán allí su nido. De oír suspirar al pobre niño, las rosas del camino caían todas en una profunda melancolía; un palomo, bajo el misterio de las hojas, dijo a la paloma: «¡Aquí tienes a un muchacho que tiene mucho de que lamentarse!» Pero la paloma le respondió: «¡Eh! ¿de eso es lo que te

preocupas cuando yo arrullo?» La princesa era todavía más malvada que esa pichona de los bosques. No, malvada no, indiferente. ¿Se preocupaba por ese pequeño paje que se lamentaba detrás de ella? De momento, cuatro soberanos coronados la pedían en matrimonio: el rey de Mataquin, protegido por las hadas; el emperador de Trébizonde, que hacía construir, para que ella se dignase a entrar en él, un palacio en el que cada columna estaría hecha de un solo rubí y cada ventana de una sola perla; el príncipe de Bagdag, que tenía en sus jardines, en los tallos de los arbustos, en lugar de rosas y jacintos, estrellas que unos Genios iban a recoger para él, cada noche, en el cielo, – cogidas la víspera, el habría dicho: «¡Están marchitas!»– y el rajá de Visapour, cuyo colosal trono estaba situado sobre el lomo de cuatro elefantes blancos; esos elefantes tenían en sus trompas unos instrumentos musicales de donde salían ruidos tan melodiosos que se pensaba que esos grandes animales estaban repletos de pequeños pajarillos. ¿A cuál de los cuatro pretendientes elegiría ella? Podría ser también que se inclinase a favor de un muy rico mercader que había traído de sus viajes la lámpara de Aladino, el anillo de Salomón, y un pequeño guijarro más precioso aún, pues, cada vez que se lo golpeaba con otra piedra, las chispas que brotaban, de súbito se convertían en catorce mil pepitas de oro. Es bien lógico que, solicitada por tales enamorados, la más bella de las princesas no se preocupase demasiado de su pequeño paje. ¿Qué pasaría con el que suspiraba? Pues bien, el día de la boda, le llevaría la cola, entre las flores y las piedras finas.

III

Ella siempre enorgulleciéndose, él siempre suspirando, llegaron cerca de un gran lago tan azul, tan puro y tan diáfano, que se hubiese podido creer que el cielo había caído sobre la tierra; y, como ella estaba cansada a causa de su larga caminata y del sol, la hija del rey de Ormuz se sentó sobre la arena, muy cerca del agua, de donde venía un frescor. Más tarde, el emperador de Trebizonde, que no se convirtió en el esposo de la princesa, habiendo sabido que ella había descansado sobre esa arena, envió tomar, en cestas de oro, todo que se podía llevar y la extendió sobre la escalera de su palacio: desde ese momento los cortesanos del emperador no suben hacia el trono de su amo más que por la rampa; pues sería completamente indecoroso que personas incluso muy ilustres pongan sus pies sobre la arena donde la princesa se dignó a sentarse en medio de su falda hinchada. Sentada, contemplaba el bello y fresco lago, y tuvo el capricho de bañarse allí. Puesto que el lago parecía un cielo, era digno de una estrella. ¡Ah! la bella estrella, blanca y tan dulcemente brillante con sus cabellos dispersos estaría en ese azul. Pero lo que la hizo dudar fue la presencia del paje de pie detrás de ella. Cuando se es princesa una no se desnuda una ante un tan minúsculo personaje; y, además, como había sido bien educada, probablemente no habría consentido en desvestirse incluso ante un gran señor. ¿Despedir al paje? Lo había pensado. Pero como regresar al palacio sin estar acompañada? era una medida extrema que la etiqueta reprobaba. Tal vez hubiese podido renunciar a bañarse en el lago si no hubiese advertido, no demasiado lejos de ella, entre las rocas, entre unas hiedras caídas, una especie de gran bloque negro, cuya visión le dio una idea. «Pequeño paje, dijo, creo que voy a bañarme en este lago que es el más bello del mundo. Durante ese tiempo te mantendrás detrás de ese bloque que ves allí, que parece una pared de carbón; vete, mantente escondido, paje, y no te muevas,– ¡Se hará, dijo él, como deseáis, Alteza! » Y se acurrucó detrás de la espesa negrura, mientras la hija del rey comenzaba a quitar su falda de satén amarillo, y todas las pedrerías, y sus medias con las que tuvo grandes dificultades en retirar, pues se resistían, ya que querían

permanecer donde estaban, enamoradas de las piernas de lis y de los pequeños pies rosas.

IV

Sería difícil hacerse una idea de la desesperación en la que se sumió el paje detrás del tenebroso muro. Y más aún, cuando tan cerca de él, – podía oírse el roce de las telas que se deslizan – la princesa dejaba ver a pleno día sus brazos, sus hombros, y toda la blancura, poco a poco, de su cuerpo de nieve florida; un pájaro que pasaba podía mirar un pecho fresco y redondo; una mariposa casi tenía el derecho, – por su hábito a posarse en las rosas, – a posarse sobre la punta de una de vuestros senos, princesa! y él, al que lo devoraba, a causa de un pie entrevisto en el zapato de armiño y de la nuca un poco rosa bajo el moño, el deseo de toda vuestra adorable persona, tenía que estar detrás de esa densa oscuridad a través de la cual ni siquiera la fragancia del sol habría sido visible. Desde luego él era plenamente consciente de que el cuerpo de la princesa, prometido a reyes o emperadores, no estaba hecho para él. Besarla, tocarla, eran sueños que no le estarían jamás permitidos. Pero al menos, – puesto que se le presentaba la ocasión, – ¿no podría entrever, compartir la dicha del día, de los pájaros, de la brisa, que no eran, como el, ni reyes ni emperadores? ¡Oh! ¡Qué tentación de salir detrás del sombrío obstáculo, de dar un paso, de extender el cuello. Pero era un servidor muy honesto; había prometido permanecer allí sin moverse; mantendría su promesa. De modo que finalmente, oyendo un gran ruido de agua agitada, –¡oh! ¡oh! ¡Completamente desnuda! ella estaba completamente desnuda! – se puso a llorar a causa de tanta dicha que habría podido tener y que no tendría. ¡Sin embargo la tuvo! pues, conmovido de piedad, el gran bloque negro, que era un bloque de cristal, se aclaró poco a poco, volviéndose tan luminoso como el diamante, más diáfano que el propio lago; y mas tarde, el rajá de Visapour, con quien la princesa se casó, tuvo el error de creer que él había sido el primero en ver la nieve mezclada de rosas rojas y musgos pelirrojos, que desveló la caída nupcial. Es cierto que el pequeño paje no se dedicó a divulgar las consecuencias de esa aventura: murió poco después del anhelo de los tesoros que se le habían presentado; pero no llevó bajo sus párpados cerrados con que encantar los sueños del eterno sueño.

V

Así pues, fue por misericordia de una pena de amores como el cristal, de negro que era, se volvió perfectamente claro, y, si se me obliga a extraer de este cuento una lección, os aconsejaría, jóvenes mujeres, que desconfiaseis de la piedad de las cosas. Ellas son menos crueles que vosotras, ellas nos ayudan cuando vuestra barbarie nos obliga a llamarlas en nuestra ayuda. Si la malévola niña, cuya sonrisa me tortura, se mete en el baño, un día en el que yo esté un poco lejos de ella, ¡que tenga cuidado! ¡que no se fie del grosor de las cortinas! ni de la opacidad de las puertas y las paredes! pues podría ocurrir que, conmovidas por la angustia de mi deseo, las telas, las maderas, los yesos se volviesen transparentes como las más finas batistas, transparentes hasta el punto de dejarme admirar a placer la intimidad misteriosa, señorita, de vuestros encantos, e incluso la pequeña mancha marrón que tal vez tengáis un poco por encima del tobillo!

LAS TRES DICHAS

I

Una vez, – yo no tenía más de dieciséis años, – me encontré en el camino con la encantadora Cristina que caminaba a lo largo de la alameda, a pasitos menudos como un pajarillo que se apresura. ¿Por qué no volaba, ya que tenía tanta prisa? Ciertamente tenía alas, el bonito ángel, ocultas bajo el dobladillo de su vestido; pero sería necesario quitar su corsé y, modesta como era, jamás hubiese consentido hacerlo a pleno día. Así pues, trotaba con la mayor diligencia posible; no tardó en recoger los ramos de rosas donde aquí y allá una cochinilla se mostraba como una gota de rocío que fuese roja, en escuchar los trinos de los herrerillos que disputan, en mirar las vibraciones de las libélulas sobre el agua clara. La primavera debería sentirse muy humillada viendo que pasaba por allí sin reparar en ella.

–¡Eh! tú por aquí, mi amiga Cristina – le dije yo.– ¿A dónde vas corriendo tan aprisa, lejos de la casucha donde tu abuela se entretiene hilando con la rueca la ropa blanca como la nieve?

Al principio ella dudó en responderme; era el tipo de confesiones que una no se atreve a dar a las personas que pasan; finalmente, ruborizada, y bajando sus ojos, cuyas pestañas pusieron sobre las mejillas unas pequeñas sombras en forma de abanico, contestó:

–Voy a reunirme con mi enamorado. Me espera en ese bosque de álamos que ves allá abajo, a la derecha del camino.

–¡Ah! ¡cuánta razón tienes! – exclamé yo.– Hay muchas jóvenes que en tu lugar todavía estarían jugando con sus muñecas o se preocuparían de enseñar a leer a sus hermanas pequeñas. ¡He aquí una diversión agradable y una ocupación interesante! O bien ellas se ocuparían de los cuidados del hogar, ayudando a la madre y a los sirvientes, abrigando los muebles, ordenando los cubiertos en las alacenas, tendiendo la colada; ¡excelentes medios para enrojecer las manos y romperse las uñas! No, no, la cosa que conviene hacer, cuando se es tan joven y bonita, es ofrecer sus labios a aquél que los desea. No sería dulce vivir, si no fuese dulce amar. Tu corazón, tus sueños, y todos los encantadores misterios de tu adolescencia abierta, dáselos en un solo ramo de flores dichosas. Debes saber que la boca está hecha para el beso, como la rosa para la caricia de las prendadas abejas; incluso cruel, el amor es el incomparable éxtasis; y después del gozo de sonreír, no hay nada más delicioso que el de llorar. Vete, vete, amiga Cristina, corre aprisa, mas aprisa aún, hacia las únicas dulzuras y las únicas amarguras por las que vale la pena el haber nacido y no morir.

Pero sin duda, Cristina no tenía necesidad de ser alentada a la ternura, pues, no escuchándome ya, se encontraba bien lejos, allá, cerca del bosque de olmos, donde la vi entrar con la rapidez de una golondrina que cae en una trampa.

Me apresuré y me acerqué, detrás del espeso follaje no veía a nadie, pero escuchaba – los pájaros se habían callado en la brisa atenta, – el ruido de un beso, de otro más, y yo deseaba a mi amiga Cristina un bonito y duradero amor.

II

Otra vez, – todavía me acuerdo, aunque vagamente ya, del tiempo en el que fui joven – encontré en una fiesta a la bella dama Cristina atravesando la sala de un palacio con el caminar altanero de una emperatriz que no se digna ni a sonreír. Ahora ya no se parecía demasiado a la muchachita que trotaba tan aprisa a lo largo de la alameda primaveral. Menos bonita, sin embargo estaba más bella, en la luz de las telas y el esplendor de las joyas; se habría podido decir que la aureola que la envolvía estaba hecha de la claridad de las lámparas o del amor de todas las miradas fijas sobre ella. Pues los más apuestos príncipes, y todos los embajadores con todos los cortesanos, no prestaban atención más que a Cristina; era evidente que el menos prendado de ellos habría muerto con alegría nada más que por la gloria de besar de rodillas las cintas de oro que ella tenía en sus zapatos de armiño. Pero ella no reparaba en tantos amores y en tantos respetos. Ella atravesaba con indiferencia los grupos extasiados. Ni siquiera vio, cerca de la puerta, a un pequeño paje que, mirándola, desfallecía de languidez.

–¡Eh! tú por aquí, mi amiga Cristina, – dije yo. – ¿A dónde vas tan orgullosa, sin compasión por la multitud que te rodea y te acompaña de tan ardientes deseos?

Ella no me respondió de inmediato, considerándome con desdén; seguramente pensáis que la bella dama ya no me reconocía; finalmente, soberbia, hablando con la lentitud con la que se pondría a brotar gota a gota una fuente que derramase diamantes y perlas, dijo:

–Voy a casa del rey; me espera en la galería donde están colgados los retratos de sus antepasados; es hoy cuando debe ofrecerme, con el título de marquesa, todo el botín de oro y piedras preciosas que ha ganado recientemente en sus batallas contra el rajá de Sirinagor.

–¡Ah! ¡Cuánta razón tienes! – exclamé – Hay muchas mujeres que, en tu lugar, permanecerían en su domicilio preparando las cenas de sus maridos o lavando la cara a sus hijos; ¡he aquí un noble empleo del tiempo, y unas preocupaciones propias de una persona inteligente! O bien, sintiendo sueños en el corazón, ellas se enternecerían con los murmullos de esos príncipes, de sus embajadores, de todos esos cortesanos dispuestos a morir de amor; ellas irían tal vez a consolar con una lágrima al pobre pequeño paje que se extasía entre el oro de los cortinajes. No, no, solo es digno de ocupar el alma el desenfrenado deseo de las glorias y las riquezas. Lo que importa es ser saludada por la veneración de los pueblos, es vivir en una casa de mármol y de mosaicos, Augusta como un templo, es tener en sus cajones, en sus cofres, inagotables riquezas. ¡Vete! ¡vete! amiga Cristina, vete a casa del rey; y se humilde de contentarte con un título de marquesa y con el mediocre tesoro de un rajá.

Pero Cristina no había perdido el tiempo en escucharme; ya estaba lejos, en el vestíbulo pavimentado de jade y malaquita; y la vi desaparecer por una alta puerta cuyos paños retumbaron.

Yo la había seguido y me acerqué a unas cortinas; a través de los majestuosos pliegues de su espesor no podía ver a nadie, pero escuché, en el silencio solemne que se

hace alrededor del domicilio de los reyes, el tintineo de un montón de oro y piedras preciosas, y yo deseaba a mi amiga Cristina una duradera y gloriosa opulencia.

La volví a encontrar una última vez, – yo era menos joven ya; casi anciano y triste; fue durante un crepúsculo de otoño, sobre la gran ruta, entre una doble fila de olmos de hojas rojas. Se la había puesto, con el rostro al descubierto, como es la costumbre en este país, sobre una litera negra que cuatro hombres llevaban, y estaba muy pálida porque estaba muerta. Detrás de ella circulaba el cortejo de parientes, de amigos, de plañideras que se lamentan bajo sus grandes velos. Y el cielo, hecho de una sola nube gris, los campos negros mojados por una lenta lluvia, y los árboles con hojas extrañas, producían un melancólico cuadro en este final de tarde otoñal. Pero ella, difunta, no veía ni la desolación de las personas ni la de las cosas; no estaba triste.

–¡Eh! tú por aquí, amiga Cristina, – le dije yo – ¿A dónde vas, con esta taciturna pompa, lejos de tu casa, lejos de la ciudad, lejos de la vida?

Creí haber hablado en vano; es poco frecuente que los muertos apenas dormidos consientan en despertarse para responder a las personas que pasan; sin embargo, sin un estremecimiento de los párpados, sin un movimiento de los labios, con una voz que apenas fue un soplido, dijo:

–Voy a mi fosa. La han cavado en el pequeño cementerio que ves allá abajo, a la derecha de la carretera.

–¡Ah! ¡Cuánta razón tienes! – exclamé yo.– Es esta vez, esta vez en la que tienes razón. Finalmente has recibido el más dulce de los besos, el que cierra los labios para siempre, y la Muerte es un rey que te ha dado el tesoro incomparable, el silencioso tesoro de la paz y el olvido. Que se den prisa los enterradores acostándote en la tumba dulce y profunda, y que arrojen sobre ti mucha, mucha tierra para que nunca vuelvas a escuchar el vano murmullo de las cosas y el tumulto más vano aún de los hombres.

Yo la seguí sin llorar.

A través del verdor sombrío de los pinos y la ligera oscilación de los cipreses, permanecí apartado y ya no vi el lecho fúnebre descender en la fosa; pero escuché, – entre el silencio que sube de las sepulturas, el ruido, el ruido aún de las paletas arrojando tierra, y deseaba a mi amiga Cristina un duradero y buen sueño.

INDICE

MATINES

La herman pálida	3
El vestido de novia	6
Los tres borrachos.....	9
El paraíso rechazado	12
Las rosas del jardín azul	15
Puck en el organillo	18

VÍSPERAS

El peor suplicio	21
El narciso	24
Los tres vestidos	27
Las cenizas de la rosa	30
El valor recompensado	33
Los vanos noviazgos.....	36

COMPLETAS

El malvado transeúnte	39
El emperador y las mariposas.....	43
La sortija encantada	46
El intérprete de zanfona	50
El cristal negro.....	53
Las tres dichas	56